Epitafio para un señorito
MANUEL BARRIOS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la memoria de don Guido, que tuvo
la suerte de apagarse en una pulmonía
cuando aún era posible una casta vieja
y tahúr, triste y zaragatera.

Y en homenaje a Antonio Machado.

«Entretanto, los demás hombres,
que no perecieron con estas plagas, no
por eso se arrepintieron de las obras de
sus manos dejando de adorar a los demonios
y a los simulacros de oro, de plata, de bronce
y de piedra y de madera, que no pueden ver,
ni oír, ni andar; ni tampoco se arrepintieron
de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni
de su fornicación, ni de sus robos...»

(Apocalipsis, IX-20, 21.)

PRONTO HARÁ DIECINUEVE AÑOS. La broma por medio, preparada la sorpresa de salir todos por entre las cortinas, en el momento acordado, y allí se quedó Miguel, encima de la sábana con olor a nardo, la mirada rota y su mano quieta rozando la alfombra.

Cinco amigos dispuestos a una noche larga. La Charo, que ni pintada para el disimulo, en el enredo. Hasta el instante aquel del corazón parado. Salvador tiró la copa, que se hizo en el suelo como diamantes diminutos. Antonio Rivera quería devolverle la vida a fuerza de palmadas en la cara y en el pecho. Luis, al quite por primera vez en su plante habitual, se llevó a la Charo al cuarto contiguo; probablemente porque era el único que había adivinado la muerte en los pómulos hundidos, morados, de Miguel Sanz.

Y fue él —¿o es que no lo recuerdan?— quien los tranquilizó con su manera de sortear el miedo, echar el vino a medio carril y decir lo que había de hacerse, sin nervios, sin histerismos. Vamos a centrarnos y ver el modo de capear el temporal; yo me encargo del asunto. Que estaba muy pintón, pero acertó a la primera en el disco del teléfono para la voz adormilada del Padre Félix. Un amigo que se había puesto muy enfermo, repentinamente...

Aunque no fuera más que por este recuerdo —y también por este pacto de silencio hasta la tumba— tendría gracia que no le respondieran la única vez que va a necesitarlos.

A las once de la noche

(Cuando unas muchachas, cansadas de sonreír falsamente, avivan la sangre de los turistas con el revuelo de sus faldas en el tablado. Pelean, de fondo, los gallos demoníacos de Viola —esos gallos que el pintor apresara en noches de locura y vino tinto— y se oye el grito del cante con calor de fragua. A las once se pisa la uva en un lagar del Aljarafe y en el cerrado del camino hacia la mar gaditana se

arreglan los pitones de seis toros para que el matador de cartel siga mandando. Se levanta la sesión en la Junta de la Hermandad y corre el mosto. Por la calle de Juderías las pisadas resuenan como aldabonazos; cuando el callejón se ciñe en un quiebro, se besan los novios y el beso les sabe a barro cocido. A esta hora marchaba Rafael el Gallo hacia la tertulia de «Los Corales», hablando en voz alta con sus fantasmas. Un coche de caballos da la vuelta al ruedo en la Plaza de Doña Elvira y la vieja saludadora de Triana repite el conjuro para que a la vecina, que bebió el agua donde había bebido la salamanquesa, no se le caiga el pelo: Los doce apóstoles, las once mil vírgenes, los diez mandamientos, los nueve meses, los ocho gozos, las siete plagas, los seis candeleras, las cinco llagas, los cuatro evangelistas, las tres Marías, las dos tablas de Moisés, la una que parió en Belén y quedó pura...)

SON OTROS TIEMPOS, no te engañes. Y tiene razón Ángela, pero ni siquiera las verdades absolutas pueden justificar su absurda inclusión en la nómina de las víctimas porque sí. Faltan dieciocho, veinte horas para que todo se resuelva —así será; no van a dejarlo a los pies de los caballos— o, por el contrario, para que todo termine. Entonces no quedará sino pisar a fondo el acelerador y estrellarse contra un árbol, contra un muro. La Hermandad —mandan las Reglas— queda obligada, cuando muere un cofrade, a darle doce hachas, veinticinco velas de mano durante la vigilia, pagarle el funeral de costumbre y seis misas rezadas dentro de los ocho días siguientes a su fallecimiento.

Pensar en esto hubiera sido la retahíla macabra de una gloriosa borrachera hace unos años, cuando aún no escandalizaba a nadie lo de poner la azada a la puerta del caserío —para evitar que entrara el gañán, por lo que pudiera encontrarse, aparte los adornos en la frente—, o cuando, para el remate de una quema de colchas en la «casa de niñas», se iba a reír de veras a costa de la Simona. Gentes de buen humor, sin los recelos de hoy, que se conocían al dedillo el aguante de cada cual. La brasa del cigarro de Rodríguez en la mejilla y el salto de la Simona, con su grito sin secretos, a punto de morir. Rodríguez el gordo, muy serio, pero sin poder reprimir una risa que le agitaba el vientre en temblorosas convulsiones, retiró el cigarro y allá iba la Simona, a echarse agua y a darse una mano de jabón verde en la cara quemada. Otras veces era la apuesta, que alguno proponía por meter baza, y acababa en una emulación

excitante, a ver quién se llevaba el alfiler de corbata de Salvadorito o el sujetador de la Medina.

Les parecerá mentira que sea así el reencuentro, al cabo de unos años de ir cada cual por su camino, rendidos a la prosa diaria. Antonio Rivera sería el primero en abandonar la partida; de improviso, sin saberse por qué, el desvarío de dejarlo todo y aceptar la gerencia de la fábrica, sin más mundo que el de las poleas y el de unos hombres con grasa hasta el codo, los que, si pudieran, volverían a las andadas de la huelga y el pie en el cuello del patrono. Después fue Salvador Fuentes el que se perdió de vista, en cuanto se le puso a tiro Pilar Andrade. Lo que no sospechaba Salvadorito era que iba a hacer las diez de últimas, el tiro por la culata de meterse a fondo en esos negocios donde se está dejando el pellejo. El que aguantó más fue Luis Santos, bandeándose con sus representaciones, pero lo rentable debe de ser eso de venderles ideas a los demás, en la noria del tiempo nuevo. Si esto es lo que querían, ya lo tienen y no poco se lo deben a él. Pepín Jiménez ha hecho lo que tenía que hacer, yéndose de este mundo sin despedirse de nadie y sin doblar la rodilla, dirán. Como hacen los de su casta: volarse la cabeza, o quemarse el vientre, o quedar destrozados entre la chatarra de un coche antes de suplicar a los que ayer le bailaban el agua y eran dichosos al recibir una palmada en el hombro.

A ellos sí recurrirá, porque son los amigos. Como comprenderás, no tienes por qué explicarme nada, sino decir cuánto necesitas, habrán de cortarle Fuentes, Santos, Rivera. Porque, si no, sólo queda el muro.

También podría terminar ahora, de una vez, con dos vasos de ginebra y una buena dosis de ese ácido que consume Rafa para presumir de viajes a otro mundo —de los que vuelve idiotizado, con vómitos, con dolor de cabeza e impotente—, ver colores inéditos y volar al ritmo de una música de locos. A los dos minutos no sentiría ya que se le clavaba en la espalda el penacho del casco romano. Le subirán un millón de hormigas por las piernas, deteniéndosele en las ingles. Todo paralizado, los ojos fijos en el águila que nunca levanta el vuelo, tensos los músculos de las patas, firmes las garras en la pequeña roca de bronce. En la ventana, sobre un lienzo azul oscuro, la cara de un clown, compungida, gordinflona, que muy lentamente se irá transfigurando en la grupa de un animal muerto hace millones de años.

Acaso fuera mejor así, enervante, apagada la luz y, al otro lado, un mar ya en calma, con peces de branquias amarillas. Al cabo de unas horas lo encontrarían con la cabeza dejada caer en el respaldo del sillón, las manos apretadas contra el estómago y los ojos abiertos, inmóviles. Ángela sentirá un primer impulso de ponerle los labios en la frente, pero acabará por vencerla el miedo o el asco. Vendrá su amiga Isabel, la de los Viernes en la Parroquia, con el sueño en la mirada. Vendrá Antonio Rivera, que es el mayor del grupo y al que, por consenso indiscutible, se le reconocen más horas de vuelo. Habrá que llamar al médico: una decisión unánime, con el número de teléfono que quiere escaparse de entre las páginas de la Guía, y el tartamudeo que procura justificar la urgencia, aunque la urgencia sea inútil. Salvador Fuentes, que sirve para todo, se presentará con el cura y serán las jaculatorias del Padre Ramiro, si es que el Padre Ramiro, con esto de vestirse por los pies y militar en esa moda del progresismo, recuerda alguna. Seguramente sí, de cuando se le ponía tan caliente la almohada en el Seminario de Sanlúcar. Con la oración, Ángela sabrá que el caso se cierra definitivamente; porque para ella nadie está muerto, sin posibles soluciones terrenas, mientras no haya por medio una recomendación del alma y óleo para los ojos, los oídos, la nariz, los labios, las manos, los pies... Por esta unción santa y su piadosísima misericordia, te perdone el Señor todo lo que has pecado con el gusto y las palabras.

A él le dolerá, desde la otra orilla, la falta de sinceridad y el tono profesional, rutinario, tratándose de algo que, al fin y al cabo, tiene su importancia. Abrirán la ventana, también por pura rutina, y lo llevarán al dormitorio para que parezca un cadáver rotundamente serio —«¡aquel trueno!, vestido de nazareno»—, aunque los amigos, entre los murmullos de las avemarías, recuerden horas que les harán imposible contener la risa. El miedo de Junquerita, aguantando sin pestañear las tarascadas del toro de fuego de Benacazón; la mañana de la borrachera de Pepe el gallero, llevando a confesarse a La Flanea nada menos que a la Catedral; aquella noche en que Navarrito, el extremeño, con más dinero que pesa,

pidió la fuente de huevos fritos con jamón y la tiró a la cochinera de la Venta, y allá fue el hijo del Gloria, disputándole la comida a los cerdos, a brazo partido...

Es que Pepín Jiménez se lo gastó todo como un señor, será el comentario de Salvadorito, que sabe de su agujero en la mano. Como nadie lo sabe Salvadorito. Borrón y cuenta nueva cuando la ocasión se ponía de punta. Las veinticuatro horas en el bureo y, a las claras del día, los coches enfilando la Cuesta de Castilleja. En cuarenta minutos ya estaban en «El Yunquero», dispuestos a dejar el pabellón en alto. Era bonito el momento, plateados los olivos y, al tomar la vereda de las pitas, el eco alegre de los perros cada vez más cerca. Dos pilares blancos, adornos de forja y azulejos que en el primer rayo de sol se hacían de oro. Cuando callaban los motores era como entrar en un mundo desconocido, lánguido. *Canelo, Garbo, Pinto* cambiaban los ladridos por una especie de lamento gozoso, la mirada gacha, el hocico humeando la caricia.

El campo. Querían que fuera de todos y han conseguido que no sea de nadie. Porque la tierra debe de dolerse hasta de las llantas del *land-rover,* cuando antes lo que quedaba en ella era la señal de la herradura; la de ver la extensión de la cortijada desde la silla vaquera, empinado en los estribos. El tordo, el isabelino, el alazán, exhalado por el llano y el frenazo en seco, por la costumbre del acoso. Macizos de junqueras a un lado y de chumbos al otro, la tierra roja, sangre de toro cuando terminaba la albariza, aire duro y el vaho denso de la marisma, en oleajes calientes. Por agosto, la lámina rubia de las eras, el grano en pilas, revoleo de parvas a compás de un cante de trillo y el sol firme, resecando el bayunco de los chozos. Porque lo que tiene vivo, presente, de «El Yunquero» no es la tarde bajo la lluvia o el soplo del invierno desnudando la cepa, sino la alegría de los pámpanos, el cortador doblado sobre el sarmiento y, luego, la reata, con los serones colmados, hacia la bodega. Cerca de tres mil cepas por aranzada. La uva en el reposo de los redores, veinticuatro horas en el almijar, para la solana y el relente. En la noche, la cadencia ritual de la pisa, después de ceñir el fruto con un corsé de empleita, por la piquera el chorro de mosto niño, oro con barbas blancas de espuma, un segundo estrujón que daría el aguapié y, ya en el tercero, en el del espirriaque, el billete de cien duros en lo alto de la bota madre: el «jornal del meneo», que ganaría la muchacha lanzada a la pisa sin falda ni blusa, sólo con la telilla en el bosquejo de los muslos, entre los gritos y las manos tendidas hacia el lagar...

Todo lejanísimo, un sueño, y ahora, como dicen, la ruina total, absoluta, vista venir con temple, de la que no se salva quien no tiene madera de comerciante al por menor, de los atentos a la miseria diaria que, al cabo de los años, hace fortuna. Para él ha tenido que ser así: todo a una carta —como en las madrugadas del «Club Pineda»—, rescatar a un envite la viña de Umbrete o el cortijo de «El Yunquero» si el naipe viene por derecho, y en paz. Si cambia el nublo, mala suerte; pero adelante con los faroles y a repetir el cite en cuanto se tercie. El negocio mínimo de cada día queda para los de la libreta mohosa a la puesta de sol; los cuatro duros por todo estímulo, para los montañeses con riñones de dormir en el mostrador del almacén o para los gallegos que fríen el pescado de las juergas baratas. Si se encapota el cielo, mejor es perder una finca que alquilarla por horas, como hacen algunos que, después, quieren seguir presumiendo de señoritos. Por ciento cincuenta billetes, abrir la puerta a la gente de un congreso, echar una becerra a la tienta, para el jolgorio de turistas atajados, tres cantes de la Pepa o de Gaspar de Utrera, un inglés con *whisky* hasta el gollete marcándose un tanguillo y, por si fuera poco, un alterne de hiel en la boca con tal que todos salgan contentos. Hasta ahí han llegado algunos —en La Puebla, en Gerena...— para sostener el tipo y, con el tipo, el olivar.

Pepín Jiménez es otra cosa, comentan. Verdad, porque a él le hubiera quemado ese dinero. Gente de vaya usted a saber, entrando en y saliendo de aquella habitación de la cama antigua, el cortinón granate y las vigas de roble...

Por la senda de los liños llegaba Martín, el capataz, abrochándose a duras penas el pantalón, agitado el respiro, al aire los faldones de la camisa, con los «buenos días, señorito y la compaña». Más de quince años hace ya. Todavía eran suyos aquellos perros, aquellas tierras y aquellos hombres en su sitio, como Martín. Hasta los topes la bodeguita de «El Yunquero»: vino de la casa, un fino para llevarse las horas muertas en el copeo reposado y

una solera que daba la puntilla a un miura. Para el mediodía del despertar con la resaca, unas guindas en aguardiente que, al segundo golpe, dejaban las ganas como nuevas. La almohada en el suelo, la botella vacía en la mesilla de noche y, al lado, una muchacha dormida, con olor a naranja agria.

Que ahora ya no tiene nada, le repetirá Ángela. Como si no fuera nada el estilo, la clase, que es lo que no se compra. Está en todo, hasta en los gestos y en los detalles que pueden parecer insignificantes: desde saber aspirar el aroma de un «tres rayas», hasta parar un caballo en seco tirando de la rienda con un solo dedo. Claro que esto no vale con los que apremian. Patanes de nuevo cuño, jornaleros sentados tras una mesa con muchos papeles, que compran un terreno de maíz para construir un chalet donde poder olvidarse, quince días al año, de cómo va la venta de su detergente o la contrata de su bloque de viviendas.

Serían demasiadas las horas necesarias para pensar en esto, es ya muy tarde y mañana ha de estar descansado y en forma. La verdad es que supone un gran esfuerzo no acabar la botella de ginebra y aventar con ella las malas hierbas. Pero, si así lo hace, mañana no habrá quien lo levante —cincuenta y un años a bordo no perdonan— y entonces es cuando no habría más solución que la del muro y la cabeza rota en mil pedazos. Si aún tuviera «El Yunquero» sería soportable la noche, de cara al campo, envuelto en su rumor y en su soledad. O en el caserón de Santa María la Blanca, entre cobres viejos y caobas. Aquí, en cambio, todo parece más dramático y frío. Un piso como miles de los que forman eso que llaman un barrio residencial, donde todo el mundo goza de una desahogada posición económica —mientras la suspensión de pagos y la quiebra no demuestren lo contrario— y, por gozarla, según el nuevo patrón de la prosperidad, se vive enjaulado. Entre el «Turín», con música, o lo que sea, para que la juventud justifique su patético esnobismo de grifa, y el restaurante chino como tentación a la cana al aire de los matrimonios bien avenidos. Sólo los sábados, desde luego, cuando el descanso impuesto por el día del Señor, como diría Ángela, permite en la víspera acostarse tarde: langostinos en «Senra» y, luego, la cena exótica, a base de nidos de algas y macedonia de setas. En lucha ya con ese sueño ridículo que graba en los párpados toda una semana de negocios en un tris, la espuela del champaña en «El Oasis», excitados los pulsos por la voz y la cintura de Vicky, la rumbera mulata que escogió la libertad de sus pechos. Que hay que ver cómo sale, dirá, escandalizada, la señora al estirar las piernas entre las sábanas. El marido, rendido al asueto de la noche del sábado, hará un ademán ambiguo, de reprobación y de picardía. En otro dormitorio, el segundo socio de la firma soñará los muslos valientemente enseñados por la decentísima señora que habla al marido de las desnudeces de Vicky.

Coches que pasan a todas horas hacia las Vírgenes —Virgen de Lujan, de Belén, de la Estrella, del Valle...—, perros que ladran con un desgarro de tiple porque son perros cursis, para asomar al cuchitril sin techo que llaman terraza, y el paso cojo del guardacoches que vela por la seguridad del «cinco plazas con nervio».

Pero esto es lo que hay —después de llegado el momento de vender la casa antigua— con seis habitaciones que apenas permiten el desperezo, un interfono para decir al portero que no se está para nadie y dos cuartos de baño, por supuesto alicatados, con grifos giratorios y espejos de luz, en los que no entrarían, como en el de «El Yunquero», las cuatro arrobas de mosto con que aligerar la sangre.

El padre, entre tierno y marchoso, con aquello de mira que yo sé de estos trotes más que el que los inventó. Los amigos de Joaquín Jiménez asentían de antemano, cómplices en la sonrisa, y el padre insistiendo en que cuando te llegue la hora de las bendiciones acuérdate de los olorosos de veinticuatro grados que tienes en la bodega, porque va a amanecer el día en que a tu mujer se le enfríen los hombros. La carcajada de los amigos. El padre, mirando la copa al trasluz, la voz confidencial: porque ése, precisamente, es el momento de llenar la bañera de vino; luego, que ella se seque al aire y se vaya derechita a la cama, con los ojos como candiles.

Hasta que cortan el hilo de los recuerdos la sirena de un barco en el río y el son de unas palmas en la calle. Todavía hay alguien escuchando la radio en el piso de arriba —compre, use, lave, vaya—, el mundo en manos de cuatro chalanes que en la vida han saboreado lo que es un galope para correr unos galgos o el susto complaciente de una

muchacha en el duelo a primera sangre, de noche en la viña.

Los peones no se atrevían a levantar la mirada. A punto los pámpanos o el algodón, no había sino mandar a Martín a la plaza del pueblo. Allí estaban, recostados, esperando un día y otro, callados y apurando la última colilla. La procesión les iba por dentro, decía Antonio Rivera. ¿Y qué? No había trabajo para todos y muchos, en cambio, salían de apuros.

Si le pasaba algo, preguntó Ángela porque le vio pisar fuerte, las espuelas manchadas, dar con la fusta en el arcón y tirar el sombrero. Nada, nada, mientras se servía una copa; pero aquella tarde había vuelto Martín con la libreta limpia, sin un solo nombre en ella. Que no se había querido ajustar ninguno, señorito; que ya se sabe lo que pasa, entre los que levantan el vuelo para deslomarse en los albañiles y los que se han aprendido la copla de las bases. Y él había cogido el caballo.

Daban las doce en el reloj del Ayuntamiento cuando atravesó la plaza del pueblo. Estaban allí los hombres, al sol y a la espera. En otro tiempo, nada más parar el potro, le hubiesen rodeado con una súplica en los ojos y en el balbuceo. Él, después de señalar con la fusta a los más fuertes —y a los que cumplían como Dios manda, sin darle a la lengua—, habría echado una ronda, que tomaran lo que quisieran y que Frasco le mandase la cuenta con la niña, que, por cierto, se estaba poniendo de dulce. Cruzó la plaza de punta a punta, retrechó el caballo y volvió por el camino. Las espuelas se llenaron de sangre. Era para habérseles enfrentado: recordarles que ellos y sus padres y sus abuelos habían comido gracias al pan de «El Yunquero»; para haberles escupido a la cara tantas sumisiones y tantos lloros por un jornal con que evitar el desahucio o con que sacar adelante al hijo enfermo. Un dornajo de gazpacho y un petate en la gañanía.

Dios no podía querer lo que pasaba. Y piensa en la madre. Muy niño y asustado, sin comprender qué ocurría en la viña, por qué los hombres se habían negado a trabajar y por qué el padre salía al campo con el revólver en el cinto de los zahones. Es que hay hombres malos —la mano de la madre en la caricia— que envenenan a gentes como el Chico y Tomás y Juanelo. Les dicen que la tierra tiene que ser para los que la trabajan, y ellos, que son tan ignorantes, se lo creen. No saben que eso es imposible, porque Dios lo ha dispuesto de otra manera: que tu padre lleve las riendas y sean ellos quienes tengan que remover los terrones... Entonces, su irresistible deseo de ir a la capilla, para acercarse a la imagen del Corazón de Jesús, a agradecerle entre lágrimas su acertado designio.

Todavía cuatro abanicos de sándalo y el cuadro de Grosso desvelando el claustro de una monja, marchita entre blancos y violetas. Todavía la cabeza del ciervo, con sus ojos terriblemente tristes, el bargueño donde guarda los botos camperos y, sobre la chimenea, la fotografía de Arjona: él montando a *Marciala* —la jaca más celosa del Aljarafe—, al acoso de una becerra.



A las dos de la madrugada

(Cuando se apagan las luces en la Plaza de San Lorenzo —vigilia de Viernes Santo— y, como eslabonados al son de las campanadas, aparecen los dos cirios acólitos de la Cruz de Guía. El saetero cierra los ojos y los años adolescentes se arriman al calor de los cuadriles tentadores.

Llegan las primeras galeradas del periódico a las manos del corrector de pruebas, que enmendará las faltas del académico ilustre. Los del 091 enfilan el coche-patrulla hacia la calle de Joaquín Costa, donde un hombre, que quiere con locura a una mujer, la está matando a cuchilladas.

La hora clave de «El Rinconcillo», cuando eran más verdad la melancolía de la prostituta, la arrogancia del esbirro y la angustia del marica.

Letra soñolienta en el libro de partes de la Casa de Socorro, donde el médico de guardia intenta el milagro de la resurrección.)



EN EL ESPEJO QUE HAY FRENTE a la cama se repite el punto anaranjado del cigarrillo. No se han hablado, pero ninguno de los dos duerme, él enredado en un miedo invencible a que pasen las horas sin salvar el trance que le impondrá una última hombría, y Ángela adivinando una situación distinta que, en el fondo, le compensa de muchas frustraciones. Desde el primer día, cada vez más tristes y monótonas. Ni siquiera la nobleza de los reproches, palabras afiladas, cortantes, que después hay que olvidar para seguir viviendo. Veintitrés años así, la llama muerta, la deprimente costumbre de deshacer la misma cama, acaso la resignada servidumbre al capricho que algunas veces espolea a Pepín, aunque ni él sepa por qué razones elementales y, en la liberación de un silencio que acabaría por romperle el pecho, la breve charla sobre la venta de una punta de ganado o sobre el fracaso de una cosecha perdida, quién sabe a causa de qué alegres imprevisiones.

La historia, pequeña y repetida. La de una muchacha predispuesta a la arrogancia del desplante y que, cuando se da cuenta, es ya tarde porque las cosas han ido demasiado lejos y porque un día despierta del sueño con un velo de novia. La iglesia cuajada de flores, todas las luces encendidas, los hábitos corales y, en el presbiterio, la Capilla Isidoriana entonando el *Quae ista.* Ya habéis recibido las bendiciones, según costumbre; lo que os amonesto es a que guardéis lealtad el uno al otro y, en tiempo de oración, mayormente en ayunos y festividades, tengáis castidad. La plática como un susurro y, a la salida, los besos al aire, la lágrima tímida y las tarjetas para los pobres, vales para un plato de comida en las Cocinas Económicas de Nuestra Señora del Rosario, rogándose a los favorecidos pidan al Altísimo por la felicidad del nuevo matrimonio...

Por la noche, en el caserón del cortijo —como hicieran los padres y los abuelos—, el temblor de la espera, pegado el cuerpo desnudo a una sábana muy fría con olor a alhucema. Que habían llegado los amigos, a darles por broma la cencerrada; que iba a atenderlos un momento, para que los dejaran tranquilos. Cuando se volvió a abrir la puerta, Pepín sonreía estúpidamente y tenía que apoyarse en el quicio para mantener el equilibrio. La voz, arrastrada, nasal, en una explicación inútil. Un calor desagradable en la garganta y en las mejillas cuando él empezó a desnudarse lentamente, con dificultad, intentando el empeño de dejar la ropa ordenada. Cuando le tuvo al lado, todo le pareció ácido, amargo y monstruosamente necesario. Pepín la besó en la boca, en el cuello y en los hombros. Se mostraba agresivo, pero, al mismo tiempo, temeroso del abrazo total. Pequeña, tristísima batalla, con la luz apagada, las manos calientes y los labios resecos en busca de su cintura.

Fue excitante al principio; luego, un delirio al que faltaran nada más que el grito y la sangre. Hasta que, por fin, le dolió dulcemente su peso, asustada de la urgencia nerviosa. Los ojos, clavados en la oscuridad; la insistencia que acabaría en el último dolor y en el primer suspiro verdaderos. Toda la vida allí, arañada. Y, de pronto, la tremenda soledad de lo que se aleja hasta un vacío que poco a poco devuelve la mirada de Ángela al cuarto húmedo y negro, el eco de los perros y el aliento agrio en la cara. Cosas de las copas, que pasarán en seguida. No te preocupes. Después, su respiración profunda y el paso de las horas.

Hasta que se dibujaron rectas grises en los resquicios de la ventana y se oyó el arreo a las yuntas. Frío en la boca, en los pechos duros y en las caderas, una mano entre los muslos y crear, más allá del dolor, un cuerpo de muchacho encima. Cantaba un gallo y, desde muy lejos, el relincho del potro era, en la primera claridad del día, una forma de músculos, de incontenible respuesta a su piel preparada.

A las cuatro de la madrugada

(Cuando en el salón, cuyos ventanales se abren a la tierra batida del hipódromo, puede cambiar la suerte de ganarlo o perderlo todo a una carta.

La hora densa del reservado: la del beso que irá más allá.

Resbalan las cajas de pescado por la salmuera de El Barranco y grita, apremiante y monótona, la voz de la subasta.

Despierta el barrio, porque es cuando recogen la basura, y despierta el encargado de la funeraria, abiertos sus ojos a una escena con fotografías de ataúdes y coches negros y caballos con gualdrapas de flecos sucios.

La nave del matadero parece más amplia, bajo la luz de neón. Firme el pulso y fulminante la caída del toro, muerto por la lanceta que le secciona la espina dorsal. Olor de la sangre caliente, a borbotones.)

POR QUÉ NO DUERME, pregunta Ángela. El cigarrillo contra el cenicero, la misma

pregunta por respuesta y el silencio que rasga una música: la que Rafa necesita en la última huida, rendido, arrastrado por la tibieza del cuarto, la clave del póster, la sacudida de los rótulos de la pared y la voluptuosidad del agua al resbalarle por la espalda.

No vengas tarde, no vengas tarde. De acuerdo, pero mejor sería escuchar, sencillamente, no vengas y esto no van a comprenderlo ellos. Deberías, al menos, respetar la clase a que perteneces. El silencio resignado de Rafa al tono que quiere parecer terminante y justo. No saben, o no quieren saber, que él jamás ha pertenecido a la clase que defienden como suya. Callado, para que le dejen en paz y sigan a su aire. El padre, con la chaquetilla corta, camino del Rocío, la lengua torpe de haberlo mojado todo, sus goces ridículos con el «olor a Semana Santa» o con las blondas de la caseta de feria. La madre, presidiendo la mesa petitoria el Día de la Banderita —placer inefable del palique con la señora del gobernador—, la escapada al Palmar de Troya, a ver si se le aparece la Virgen, el chalequito de punto para el niño pobre cuando se acerca la Navidad, y la media voz, que nadie se entere, del rencor por el fracaso.

Ellos son los sensatos, los honestos, los inmaculados espejos en los que debe mirarse con orgullo. Pero Rafa quiere decirles que no siente el menor deseo de parecérseles y que a él le resulta ajeno, además de grotesco, todo lo que a ellos les atrae. También contra siete virtudes debe de haber cuatro vicios. Porque no le interesan las joyas que la duquesa presta a la Virgen de los Gitanos para que las luzca en la madrugada del Viernes, ni la bofetada que Fernando ha dado a un picador insolente en la plaza de toros de Jerez, ni la morbosa curiosidad de contemplar, cada treinta de mayo, el cuerpo incorrupto del Santo Rey.

La oveja negra de la familia, desde el bostezo que no intentó disimular ante la gracia inaguantable de Salvador Fuentes, la repugnante servidumbre de Luis Santos y el cinismo de Antonio Rivera. Siempre la misma charla alrededor del cañero, la apuesta del almuerzo ganada al que no resistiera como una vela la media caja de amontillado, la deuda por un palio nuevo, la alegría del semental, el empuje de la partida fuerte y, con medias palabras, los secretos de unas hechuras femeninas. Como síntesis de todas las perfecciones de su clase, la figura del abuelo —aquel misterio que Rafa desveló la tarde que entró en su cuarto—, la elegante manera de aspirar el aroma antes de echarse la copa a pecho y el jarabe de pico con que convencía a los hombres para ir a la vendimia por medio jornal y el tabaco. A los sesenta años acosaba, en una misma tarde, a cinco novillos y a dos viudas.Tras muchos meses de sermones, la preocupación familiar ha sido más profunda y seria que la de sus estudios abandonados, sus amistades y su música. Superadas esas angustias que se multiplican en el infierno de los niños, no niega que fuese descorazonador el lenguaje de los nuevos absurdos —«tómate un sorbetón con tarántula»— y tan deprimente como el dejado atrás el de «inhibirse del contexto», «aforar la frontera» o beber la espuma en la boca de Hofmen y la sangre en las manos de Manson. Al final, verse redimido en la destrucción. Todavía sonreír a los que le preguntan por qué no vende un par de toros, con lo que tendrían resuelto el ácido o la yerba. No les contesta que ya no hay par de toros. Tampoco tiene por qué haberlo y la verdad es que para Rafa no existen más razones que éstas de ir a algún sitio que no verá repetido.

Como un fascinante, doloroso y feliz desdoblamiento. Estar aquí y allí, muy próximo en la sensación inmediata y, en cambio, lejanísimo, imposible el encuentro, con miedo: de un miedo que atrae, como la calle desde el alero de la torre más alta. Gente que flota —no, que se mueve suspendida de un hilo invisible—, rostros de colores que acaban de inventarse y, de pronto, el caos absoluto, la caída total con un grito apagado; tan apagado que nadie, ni él, puede oír. Antes de llegar abajo, donde se estrellará igual que la fruta que tiró —reventando sesos, pulpas, desechos de pulmones y de corteza verde—, la luz de una idea clara, milagrosa. Lo que cuenta es haberla poseído un segundo, aunque nunca podrá acordarse de ella, porque es el destello que sólo tienen así, distinto a todos, los genios y los místicos del otro lado de las montañas.

Detenido el tiempo, siempre detenido, desde aquella noche. Aún creía entonces que lo secreto, misterioso y último era machacar hojas de laurel, mezclarlas con aspirinas y dejarse llevar. Después, en otras noches nuevas, fue lo de buscar «el tren rápido»: botellín de ron y las

cuatro simpatinas pulverizadas, el corazón al galope y, en seguida, el llanto dulce entre los muslos de María Esperanza, tersura de las medias en la mejilla, para sentir cómo bajaban hasta su cuarto —la música, el póster, los recortes de noticias y artículos clavados en el tabique— nubes de oro, la hierba azul, plumas suaves, con gotas plateadas que estaban calientes y se deshacían entre los dedos...



A las siete de la mañana

(Cuando suenan las sirenas de las fábricas y se reúnen los carteros en la capilla de la Virgen de los Reyes, a pedir que les sea leve su trote hasta el mediodía.

Los fuelles avivan el fuego del martinete y las monjas de San Leandro baten yemas de huevo y azúcar entre tintineos de rosarios.

Primer humo, madrugador, en el despacho de masa frita y trago de aguardiente para matar el gusanillo. Los domingos, a esta hora, el empleado olvida seis días de mirada en el suelo y carga su utilitario para sentirse importante, tendido en la playa.

Tras la sintonía de apertura, el locutor inicia su invitación a la felicidad y al consumo.

El Cristo del cementerio —de Susillo, el escultor suicida—, sobre un monte de roca donde los lagartos reposan sus siglos lentos y verdes, derrama por su boca un tibio

manantial dorado: es que las abejas han escogido el pecho hueco de la imagen como panal de su miel, que rebosa cuando amanece.)



LA MÚSICA, DESDE LA OTRA habitación, haciéndoselo todo más difícil. Porque ni Rafa, ni Ángela, ni nadie, saben que esto va en serio y que puede ser lo último. La rendición total, a la caída de la tarde, tras un juego que no llega a entender.

Ahí estaban las tierras. Con lluvia y sol, un año de alegrías compartidas; sin el tempero a su hora, menos alegría, pero la vida a su talante. Hasta el minuto justo de ese toro que se arranca de improviso y se lleva en sus cuernos los riñones de un cristiano.

No fue a pedir árnica a cualquiera, pero sí intentó un quite, que el abogado no dejaría rematar al amparo de una sonrisa y, por favor, el caso no puede demorarse más, usted debe comprenderlo, y mañana a las siete de la tarde cumple el plazo...

Ni solemne ni enfático, casi un muchacho, un título de marco dorado en la pared, libros de lomos fúnebres y, en el suelo, ese brasero de cobre que tienen ya hasta los aperadores, cuando, en el tono un poco ausente de todo aquello, rechaza la última proposición: la hipoteca de «La Mimbre» como garantía de una nueva prórroga. La negativa, el gesto, la cara de otra sonrisa, dos dedos comprimiendo la barbilla, y el susurro paternal, insufrible, porque «La Mimbre», señor Jiménez, no vale ni las dos horas que llevamos hablando.

Sin embargo «La Mimbre» —de acuerdo, unas fanegas de tierras malas, de bujeo— es hoy, todavía, lo más importante del mundo para los sesenta y tantos colonos de «Las Pilas». Gentes que viven en medio del terral, a ocho kilómetros de Marinaleda; toda una tarde perdida con sus problemas, mientras Concha se la tuvo que pasar rascando el barro del suelo. Un camino de baches, con manantiales donde se meten las bestias hasta los pechos, decía el más viejo, imposible pasarlo en invierno, que no se puede ir al pueblo, por mucha falta que haga, y ya se han dado casos de personas que enferman y se mueren, esperando que mejore la vereda para llevarlas al médico. Tenía gracia la muchacha, con sus pitoncillos en punta y la cara rolliza. Que entonces, cuando las tormentas van a calmonas, se monta al muerto en la mula, cinchado, a los lados dos sacos de paja, y se lleva a darle cristiana sepultura. Querían el permiso para cortar por la trocha de «La Mimbre». Pero él tenía experiencia de cómo

agradecen los del campo unos favores pedidos con lágrimas, que luego olvidan al primer soplo de aire. Ya ve usted si es importante «La Mimbre»...

Todo resulta inútil con el abogado. Lo que sea habrá de ventilarlo con dinero contante y sonante, humillado a los señoritos de nuevo metal, que son los que privan ahora, sin que nadie recele de dónde les ha venido el tilín de las campanillas.

Debe de ser triste una vida así, entre el humo de una sala de consejo y un careo con los maestros de obras. Si el negocio se va de las manos, a morir por Dios; si cuaja redondo, un engorde en la cuenta, la complicidad de los abrazos y, para celebrar el acierto, la excepción condicionada de la juerga. Una juerga gris, sin estilo y sin rumbo, que termina en la «Venta Vega» con un Antonio Sanlúcar dormido en su vieja guitarra y, si hay suerte, un gitano que, después de cambiar el chalaneo de los encajes por el matute del cante barato, terminará arrancándose por rumbitas. Por eso —y es lo que compensa, después de todo— hay que descubrirse con el recuerdo de aquel cuarto del «Pasaje del Duque».

Palmas bien ganadas, a la espera de marchar al frente con la columna de Carranza. Porque él fue de los primeros; de los que asaltaron el nido de los rojos en la plazuela de López Pinto y ganaron los pueblos a caballo, con Pepe el Algabeño.

Habían salido del Círculo de Labradores, la tarde del 18 de julio, para tirotear el Hotel Inglaterra. Calles solas, entre choques de cascotes y el grito de alguien con las manos en el vientre o en la cara, chorreando sangre. ¿No querían el campo para el que lo trabaja? Miranda habló sin pelos en la lengua: era el momento de dejarse la piel en los puños del Frente Popular o de vengar, de una vez para siempre, la chulería de la huelga, la amenaza y el pregón de *Mundo Obrero.* Con Pardo, Parias, Cañal, Macklean: gente desposeída de su voz, que volvía a sonar más recia que nunca. Y nada de contemplaciones ni debilidades. Nada, tampoco, de pequeñas vergüenzas, incomprensibles y cobardes. El Jefe, en esto, había hablado muy claro: «Sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos...».

Arrinconados los rojos en San Julián, San Marcos, San Bernardo, Triana, esperar un par de días y que pagaran su resistencia a la gente de orden en el Muro de los Navarros. Había llegado Castejón al frente de su Quinta Bandera, y no sólo, según dijo, para dejar sobre el cuerpo de cada asesinado el cadáver de un asesino en forma de cruz. Vencidos y muertos los de las barricadas, era justo mojarlo en el «Pasaje». Manolo Díaz ordenando la caja de «Jandilla», Rebollo en su acostumbrada exaltación con la rúbrica de la mano en la cadera, en busca de la pistola, el Lecherito sonriente e irónico, un poco al pairo...

Hacia la medianoche llamaban a la puerta del reservado y era el paréntesis de leer, por encima, los nombres de la lista. Manolo Díaz ojeaba la relación. La pausa de silencio y el paladar amargo, pero en seguida se reanimaba la fiesta, con la caña arriba y el cante por derecho.

Mandaba Díaz que trajeran a Antonio Mairena. Minutos más tarde entraba éste, forzada la sonrisa, tímido el saludo, más amarillo el color, tierra y túnica nazarena, de su piel. Los otros —Pepe Torre, el Culata, Caracol el del bulto, Vallejo— lo acogían con recelos. Los nudillos de Mairena golpeaban en la mesa un compás de soleares. El Lecherito le pedía que cantara el «Cara al sol» por bulerías. Los ojos cerrados del muchacho de los Alcores, su lucha con el tercio en frío, los aires que le llevaban a otros rumbos y, por fin, el son de palmas y la copla mecida al vaivén de los hombros.

Todas las noches igual, aunque el arranque fuera el de una charla en serio o el de un convite con prisas. La primera copa es la peligrosa, no la última. Así, invariablemente —las dos palabras, la invitación, el cuarto, la lista, Mairena—, hasta aquella del agasajo a unos falanges de Valladolid, que se liaron a tiros al escuchar el himno metidos en sones que ellos creyeron de chufla.

Veinte años después, también fiestas de empalmar un día con otro, a base de buen estilo, los cien duros a Concha la Lotera —un lince para el apaño de una muchachilla sin estrenar— y el bromazo del Piripi, que dejaba partidos los riñones. Cuando lo metió en un bidón de alquitrán y empezó a pegarle al cuerpo las plumas de un pollo recién pelado, contaba Vicente el Barriles, encajando la guasa, la guitarra como Dios le daba a entender y de vino entre pecho y espalda cuanto le pusieran por delante. El Piripi murió de cirrosis, como un

cristiano viejo. Le tenían preparado siempre un vino muy bajo, dice Paco Lira, con el que conseguían darle coba, pero una noche se fue de fiesta con unos señoritos, lo hartaron de solera y se quedó en el ataque. Amigo de la voz en grito, cantaba con cierto temple y mucho brío al mismo tiempo. Mala uva sí que tenía. Tercios bravucones, con filos de encare, al mismo Vicente le aflojó otra noche las cuerdas de la guitarra y le metió un gato vivo por el pozo. ¡Lo que maullaba el animalito allí dentro!... Hacía el número de la procesión con la Simona. Él de capataz, con un martillo con el que daba el golpe hasta romper la mesa y, de camino, la cabeza del gracioso. O se fingía enajenado, prendiendo fuego a la chaqueta del Silvestre, al que acabaron tirando al río vestido de torero...

Claro que no todas las bromas quedaron en nada. Al cabo de los años sigue siendo difícil borrar de muchas horas en vela los ojos abiertos de Miguel. Dios es testigo: ninguno sabía lo de su enfermedad de corazón. Tan tímido, tan místico, el pobre Miguel... Cuando consiguieron ponerlo a tono, el rato no podía prometerse mejor. Estaba formidable, feliz en el primer tumboneo de su vida. No se dio cuenta de nada, hasta encontrarse en aquella habitación de la luz roja, el perfume de nardo y la Charo, con los años de sus fabulosas turgencias, desnudándose en un rito lento, majestuoso, acordado con ella momentos antes. Cada prenda dejada caer al suelo era, en la borrachera de Miguel Sanz, unos brazos abiertos y urgentes. Charo reprimía la risa, conteniendo con un ademán la impaciencia, seguía desvelando poco a poco el misterio.

Se hacía irresistible ahogar la carcajada, a la espera de oír el último cansancio, y entonces salir con el gorigori. Porque ya estaba bien su petulancia, cada día más impertinente en lo de echarles en cara las dos copas y alguna que otra dormida en «El Control» de la Alameda. Trabajo había costado llevarle a la corrida de los brindis y dejarlo solo con la Charo en cuanto ella apareció en el reservado. Sólo que las risas fueron cortadas por el grito. De pronto todo quedó en una pesadilla, los cinco —Salvador Fuentes, Luis Santos, Antonio Rivera, la Charo y él— cogidos en la trampa. No puede negársele ninguno. Pero no deja de ser triste llegar a este límite, el miedo agarrado al estómago, un cigarro tras otro, por si alguno le tranquiliza y le lleva al sueño.

Le hormiguea el tabaco en la boca, sobre todo este de la primera hora de la mañana, lastimado el cuerpo de tanto dar vueltas buscando el encuentro del sueño y de la postura, ásperos los dientes, como cuando se rompe el algodón y queda un flequillo casi invisible enganchado en la uña. Nunca ha conocido una mañana así, sonámbulo y sin copas. Ya en la calle, el olor a neblina, a pizarra, y el estómago estragado porque a esta hora, pendiente del reloj para llegar pronto a la oficina de Luis Santos, el café sienta como un tiro y tiene que pedir un sifón, que le trae el camarero de los pies planos, tan dormido como él. La columna de agua y la burbuja que sube, un calambre en la lengua, y el frío como si estuviera dentro de la sangre.

A las nueve y media de la mañana

(Cuando queda en la calle una juncia pisoteada, después de la procesión del Corpus. Ese día el sol rebrilla en los concejales.

Empieza la espera a la puerta del ambulatorio, con el niño enfermo en brazos.

Primera guardia, plantón junto a la garita: dos horas de pensar en el campo, y en la madre, y en la novia.

Hay geranios rosas en los arriates de La Gavidia. En los aleros de la calle de Santa Clara las golondrinas van colgando sus nidos, hechos de agujas verdes.

Por febrero, a esta hora es cuando más tabletea la cigüeña, desafiante en la Torre de Don Fadrique. La solterita la mira, con las manos en el vientre, y se pone colorada.

El mercado huele a membrillo. Los locos del manicomio salen a trabajar la tierra: porque es quitarse de aquello y porque son seis pesetas que ganar con las uñas. Antón, el albañil, en el bordillo de la acera, resbala los ojos y las palabras verdes por las piernas de las mujeres, que pasan cerca y con prisa.)

LE HAN ESTALLADO en los ojos el gesto de Luis Santos y, en los centros, su larga cambiada, mientras acepta el cigarro y rechaza la copa.

La mañana tiene una tonalidad amarilla, molesta, que se agita en la prisa de miles de muñecos con la mirada puesta en el reloj, para llegar a punto ante la ventanilla del banco. Es un mal humor que trasciende, y se contagia, y se desfoga aplastando la mano en el claxon. La gente se levanta ahora demasiado temprano y está mordida por la angustia de aparcar el coche, el ascensor que no funciona, la luz en los ojos como un trallazo, el tecleo de las máquinas de escribir y la muchacha que le sorprende mirándole los muslos. Un momento, por favor, y la ve ir hacia la puerta de cristal esmerilado, con unos pasos musicales.

La sonrisa, el cigarro y la copa que no quiere, abren la brecha para hablar sin rodeos. Y, sin rodeos, las palabras que él nunca hubiera esperado. Trabajar en la agencia. Es lo único que le ofrece Luis Santos, cercado de chicas que fuman, o beben, o muestran un frigorífico, demasiado sol por el ventanal y demasiados rótulos de firmas comerciales. Luis Santos, por lo visto, no quiere saber que el problema es otro: el de una cantidad al descubierto, para el que no sirven frases amables, ni el cigarrillo rubio, ni una propuesta inverosímil, como si ya no

recordara los años pasados. Como si ya no recordara cuánto le debe.

Luis Santos lo recuerda todo. «Por eso te ofrezco lo único que está en mis manos.» Pepín tiene relaciones, amigos que no van a negarle una campaña de publicidad... Por eso: porque lo recuerda todo. Siete, ocho años de cruzar la plaza de San Lorenzo, dos veces a la semana, cargado con el maletín, la lista de precios, los albaranes, los catálogos. Siete, ocho años, el griterío de los niños, el arrullo de unas parejas, los bancos de hierro, el son de la campana acallándole el golpe en el pecho, el periódico en el puestecillo, donde un hombre jorobado comía, invariablemente, unas gachas, el vendedor de cupones de ciegos en la esquina —su monotonía incansable, la media sonrisa estúpida de los ciegos cuando quieren ver, ladeada la cabeza—, y un aire fresco de muchacha que cantaba para aligerar la faena.

«Tú sabes que yo te ayudé», le ha dicho Pepín Jiménez. De memoria lo sabe: como que, gracias a él, dejó de dar los buenos días a Diego, el portero de la Delegación, buenos días, buenos días, los de Diego, quebrados por una voz reseca, de mucho tabaco y muchos sábados de hacer de su capa un sayo. Una vez arriba, en el despacho del delegado, ¿quiere usted decir que nuestros abonos no son mejores que los de la competencia? Inútil el diálogo, repetido dos veces por semana y, de nuevo en la plaza, cruzarla lentamente y entrar en el bar del gallego, el mismo velador tras los cristales con el vaho de medio siglo, pedir la ensaimada, el doble de café y tener ganas de morirse. El gallego hablaba del tiempo, o de cómo Campanal había marcado el gol de la victoria, o de cómo se estaban poniendo la vida, el negocio y las mujeres. Se abría la puerta y revoloteaba en ella el manteo del párroco, viejo y poco comunicativo, pescozones a los chiquillos y miradas reprobadoras a los escotes de las jovencitas. A la barra, con prisa, y a pecho la copa de coñac para aclararse la carraspera del incienso. En la radio, el concurso, con una canción que adivinar y muchos aplausos. Latones de anuncios con sonrisas tentadoras al borde del refresco, la pizarra de las cuentas pendientes y el almanaque de una Marilyn ultrajada por el chafarrinón de la censura. Al día siguiente, de nuevo el canjilón de la mañana sin nada que ofrecerle, más que la inmensa cuesta arriba para seguir malviviendo.

Al abrir el grifo del lavabo salía el agua a borbotones, desatada y rebelde. Encendía la hornilla de carbón —picor en la garganta, en la nariz, en los ojos—, para calentar el café, entre sorbo y sorbo un último repaso a la relación de posibles compradores a los que habría de visitar, el eco de sus pisadas en la escalera y el amanecer lento, gris, sobre la calle.

Pasaban a su lado hombres con las manos en los bolsillos y el cuello de la pelliza levantado. Había que esperar el tranvía bajo la salida tímida, cautelosa, del sol. Poco a poco crecía la cola. Se conocían todos y notaban cuando faltaba alguno a la cita de la indolencia y del silencio que los unía en algo común. El interior del tranvía era un olor a zotal, húmedos el suelo, la barra y los cristales. Al ponerse en marcha pasaba ante él una ciudad lamentable, con vendedores de tabaco en las esquinas, soportes de tijera para la batea donde despachaban el cazalla a los que iban al tajo, hombres dormidos en los soportales, con las manos entre las ingles, carros de frutas camino del mercado, la amarillenta luz de los bares, que mostraban aún las sillas patas arriba, la vieja enlutada hacia la tiniebla, medrosa y bostezante, de la primera misa...

Más tarde, las visitas con interminables esperas, las negativas inmediatas, a tope los recursos del viajante con experiencia y, al final, la única solución, para no tirarse al tren, de la música barata, unas copas y las historias de aquellas mujeres de «Marcelino» o «Los Tres Reyes». Entraba allí huyendo de tantas horas como le pesaban sobre los hombros.

La noche le aliviaba la tristeza, el abrazo en la fiebre. Pero el olor a todos los tabacos y el de la acetona le llevaba a otros años de niño con lágrimas y rabia, mandadero en la casa de la calle de Leonor Dávalos, el único sitio donde pudo meter la cabeza tras la muerte del padre, fusilado en las tapias del cementerio el 20 de julio. Era comer, aunque tuviese que dormir en el patio, enroscado en un sillón de anea, el sueño sobresaltado a cada minuto —¡Luisillo!—, para llevar en un dos por tres el paquete de tabaco rubio que pedía el cliente, o traer un taxi, o ir por la caja de pasteles a que invitaba el parroquiano generoso. Pero comía y después siempre quedaba algo que llevar a casa. Las horas y las horas del patio, contando las estrellas, sin querer, y oyendo las risas que venían del salón. Le despabilaba el timbrazo y era que

llegaban en busca de Merche, de Ani, de la Cordobesa, que se alisaban la falda y el pelo. La mejor de todas era Ani, porque escupía cuando se iba el cliente; y lo peor cuando venían borrachos y vomitaban en la salita. Lo despertaba Rosona, la vieja —él estaba despierto, pero simulaba el sueño—, y entonces tenía que ir a desparramar el serrín sobre el olor agrio y el color verdoso. A las cinco de la mañana las que no estaban ocupadas se iban, escalera arriba. El desperezo, vencido, hasta despertar de veras porque el sol le calentaba la cabeza.

Y, por fin, como un milagro, la colocación de pinche en «Los Gabrieles»: la asfixia del aceite hirviendo y el traqueteo de los trenes todo el día. Después, la representación de aquella marca de abonos, siete, ocho años de cruzar la plaza, el griterío de los niños, el arrullo de las parejas, cargado con el maletín, la lista de precios, los albaranes, los catálogos...

Hasta que uno de esos conocidos de circunstancia, que merodeaba por «El Sport» en busca de un empleo, le enseñó el camino para llegar a Pepín Jiménez, amigo de aquellos palurdos podridos de dinero que le comprarían el sulfato. El secreto estaba en entrar en su Hermandad, dejarse ver en ella y, a la primera ocasión, echar las redes. Entonces dio su nombre, que se incluyó en el Libro de Plata, y, con la mano en el Evangelio, juró las Reglas. Defender la Pureza de María Santísima, ser fiel a la Santa Madre Iglesia Católica, obedecer y guardar los estatutos...

Se presentó la oportunidad al convocarse elecciones para la Junta de Gobierno. Su voz, la más alta para apoyar la candidatura de Pepín al cargo de Hermano Mayor. Luego, en las copas y el pescado frito con que allí, como en todas las Hermandades, acaban los litigios y los proyectos, las muestras de agradecimiento, iniciación de una amistad que tanto habría de servirle. En todo momento de acuerdo con lo que Pepín dijera en las discusiones de la Mesa, y seguir a su zaga. Todo soportable, con tal de conseguir la influencia que le abría las puertas de los despachos y le aseguraba un sillón en los casinos de los pueblos. Todo aceptado sin remordimientos ni escrúpulos. Menos aquel desfile de cada año en la procesión, escondido bajo el antifaz de nazareno, los pies descalzos y el cirio en la cadera. Lagrimeando por el humo del incienso, y una puñalada en los riñones después de nueve horas tras el «paso virgen». La madrugada del Viernes Santo, dorada y tristona. En total, dos mil kilos de cera, trece mil docenas de claveles, en el suelo un reguero de gotas blandas que se ennegrecían al caer y, como un látigo que restallara en el aire, la voz del capataz en un grito diferente de todos: «¡A la ésta es!»... Igual, exactamente igual que la noche aquella de hace treinta y cinco años. Por eso, con el grito vio arriba, en la realidad, la maravillosa y disparatada relumbre del palio; y en el recuerdo, abajo, por la sombra de una escalera con ecos de pisadas torpes y telarañas de sueño enredadas en los ojos, el último miedo del padre.

Fue una noche distinta, el olor del tabaco y el llanto de la madre; cuando él se levantó de la cama para verla, se lo llevó al pecho, que temblaba. Cada vez que se oía el motor de un coche en la calle era el abrazo más apretado, con la respiración contenida. Hasta que el coche paró a la puerta de la casa y llamaron con la culata del fusil.

Que no le iba a servir de nada la chaqueta, dijo el del bigote cuando el padre quiso ponérsela. Como una dramática música de fondo, el runruneo del motor. Los pasos, escalera abajo, igual que en los tropiezos del vino; hasta que al padre le venció el desmayo y lo sacaron por los hombros y por los pies. Era pequeña la puerta y fue entonces la voz, imitando la de un capataz al dirigir a los costaleros: «¡Esa derecha atrás!... ¡A la ésta es!»... Como en el desfile: a la ésta es y levantar el bosque de cirios que cerca la imagen, con un vaivén de bambalinas de oro. Bajo el estremecimiento de las velas rizadas y los claveles blancos, el olor del sudor y del mosto, toda la madrugada a cuestas y la más coreada de las sumisiones llamándolos por dentro. Para él, en algún momento, el impulso de echarlo todo a rodar y poner las cartas boca arriba; pero eso sería volver a los viejos tiempos, sin ganar nada a cambio, de nuevo el mundo estrecho, cuadriculado por la secretaría, la habilitación, el cuarto de la fonda pueblerina...

Cuando enfermó la madre —de tristeza, porque de tristeza también se muere—, roto el corazón, de tenerlo apretado, no pudo sino ingresarla en el Hospital de la Sangre. La Sala del Cardenal, yacente de quejas apagadas, sin aliento. Una de las patas de la cama pisaba, como muchas otras, la losa de una muerte cualquiera: «Aquí reposa el cadáver de doña Ana

Martínez Freiré, natural de Carmona, que falleció el 12 de noviembre de 1858»...

No volvería a vivir aquello. Y estaba seguro de que, con habilidad, siempre que aceptara las reglas del juego de Pepín, un día habría de liberarse. ¿Por qué no en la agencia de publicidad? Y allí empezó, de gestor, para acabar en la jefatura de proyectos, un despacho, fotografías y dibujos coloreados en las paredes, y ahora, en el sillón que está frente a él, el último orgullo, absurdo y acaso suicida de Pepín Jiménez, que se siente ofendido por su ofrecimiento.

Para Pepín, la inesperada ofensa de aquel Luis Santos, vividor a su sombra, al que ayudara de manera decisiva; el que le guardaba las espaldas en las broncas del vino y le hacía el caminito para el retozo con la muchacha difícil: un desconocido que habla a un desconocido de un empleo, con ciertos privilegios, claro, porque él sabría empapar en la muleta a los más reacios, que para algo es de los pocos que conservan el secreto de cómo gallear unos colinos o correr el galgo por el filo de una navaja. El amo, ayer, de medio mapa de viñas y algodón y olivar —una mañana entera para recorrerlo a caballo—, en el empleo, a sueldo o a comisión, por convencer del anuncio al dueño de una almazara. Todo boca abajo. Tractores destilando gas-oil en lugar de la yunta y de la vertedera, los tejados de las gañanías con antenas apuntando al cielo y, en la ciudad, la gente aprovechando el paréntesis de la Semana Santa para irse a las playas. «Después de todo —ha leído en el *Boletín de las Cofradías*—, si lo pensamos detenidamente, tenemos que felicitar a las agencias de viajes por sus organizadas vacaciones de Semana Santa, ya que así nos libran de estorbos. Váyanse en buena hora a broncearse las personas indiferentes a la Santa Conmemoración y, con ellas, las que nos critican y ofenden, que no saben el inmenso favor que nos hacen, y que Cristo, en su infinita bondad, tenga misericordia de ellos.» De pronto, la avalancha de las innovaciones y de las austeridades proletarias. El propio Cardenal, con que si los costaleros mecen los «pasos» estimulados por gratificaciones y bebidas, o con que los niños nazarenos restan seriedad a los desfiles procesionales. Mil derrotes, con los que ya no pueden ni el Consejo ni los poetas capillitas: «...yo no acierto a decir lo que sería de Cristo aquí, una Pasión sombría, sin oros, luces, cánticos y flores».

Es lo que no llegarán a entender nunca los otros, sordos a las palmas que premian a Salvador el Penitente cuando baila el «paso», al entrársele la marcha de «Los Campanilleros» por las venas. Hasta más guapa parece la Virgen. Copeo a conciencia en la sala capitular, a entramparse hasta las cejas con la compra a crédito del manto bordado, la toca, los respiraderos de plata y, si hay que echar abajo un balcón para que no estorbe al palio, echarlo abajo, sin más contemplaciones, como ha sido toda la vida de Dios. La vela, heredada de padres a hijos, la puja para ir en el desfile cerca del «paso», el corazón impaciente desde la Toma de Horas y aplazar los líos de faldas hasta la noche del Viernes, cuando la Soledad se recoge. En los días de no salir de penitencia, paladear desde los palcos del Ayuntamiento la gloria pura de una canastilla y, al alejarse, la escapada al Salón, donde es otra gloria la batería de botellas de «La Ina». Dar un respiro a las emociones y reponer fuerzas con las que estar en forma mientras no se apague el último cirio.

Los otros no pueden entenderlo. Pero tampoco serían capaces de hacer lo que él: dejar la caña al lado para ir como Diputado de entierro en «La Caridad». La calle apagada del invierno, la Cruz en alto, el reducido grupo de cofrades con las túnicas azules, los faroles, la campanilla llamando a muerto y la parihuela que, horas más tarde, llevará el cuerpo de un ajusticiado.

Después, sí. Volver al encuentro de los amigos, que lo esperaban en la «Venta de la Conejera» o en «La Terraza». Cuando el vino le cogía a traición, era Luis Santos el que le acompañaba a casa, limpiándole con el pañuelo. Ahora, todo un personaje en su sillón giratorio. Seguro y firme Luis Santos, al que, quizás en una súplica disimulada, quizás en una amenaza encubierta, ha tenido que hablarle de lo de Miguel y hasta dónde su muerte los había unido en un mismo compromiso.

Todos tuvieron la culpa, a partes iguales. Lo dice así, sin alterársele la voz, como si de verdad creyera que al cabo del tiempo nada tiene importancia. Pepín no reacciona, sin comprender que son pocos diecinueve años para borrar aquello que empezó con las andanadas

de Miguel en la Junta de la Hermandad. Que las Reglas eran incompatibles con sus ratos de fiestas y la velada final en una casa de la calle de Bailen, o Redes, o Potro... Miguel Sanz leía, excitado, pasando un dedo nervioso por las letras descoloridas, «el hermano que, olvidado del santo temor de Dios y de sus propias obligaciones, se dedique a tratos ilícitos o ejerza algún oficio vil por medio del cual deje de ser honrado y bueno...».

La idea fue de Antonio Rivera. Salvadorito Fuentes lo empaparía en el engaño con lo de querer consultarle un caso de conciencia. Una vez en los medios, el par de botellas primerizas, desemboque en «Las Siete Puertas» y, cuando más animada fuera la charla, el encuentro con la Charo, como por casualidad. La risa de Miguel, en registro de tiple, la candelilla en los ojos y hasta la lágrima de la emoción cuando Salvador le apuntaba el cante por soleares de Lebrija: «No presumas de dinero, que en esta tierra los ricos proceden de bandoleros...».

La Charo, una mirada sostenida en la de Miguel, que empezaba a arrastrar el ala. Seis o siete varas de nardos sobre la colcha y punto en boca para todos. Sería la única manera de callarlo y que las charlas de la Hermandad fueran las de siempre, sin más teologías: los problemas porque la cuadrilla de costaleros pedía quinientas pesetas por carrera y hombre, los recuerdos de aquellos litigios entre «el Gran Poder» y «la Carretería», porque uno le había quitado el sitio a la otra, o el de «la Exaltación» contra el arzobispo, cuando quiso éste que la procesión cruzara el Palacio de puerta a puerta.

Pasadas las solemnidades, volverían las chulerías de Antonio Rivera —con su guerra, con su defensa del Santuario—, las ocurrencias desangeladas de Fuentes o el regocijo de Pepín ante la ocasión de superar sus «cuadros». De los más fuertes era el del encuentro con el amigo de Palma: la noche, la mañana, y la tarde siguiente, otra vez la noche y las tres infelices desnudas para los perros adiestrados en la caricatura del amor...

Claro que lo recuerda todo. Al final, no hay apretón de manos ni una palabra de despedida. Pulsa la tecla del interfono. «Tendré mucho que hacer, señorita.» Que no le molesten. Desde las fotos, un cosaco sonriente le aconseja mezclar un *vodka smirnoff* con hielo, una chica de ojos soñadores acaricia, para él, un frasco de lavándula, y el tarzán de piel tostada le asegura que los hombres de todo el mundo empiezan el día con un masaje de floid. Entornando los párpados son más sugestivos los brillos del reloj que marca los momentos de su vida, incluso bajo el agua. El transistor promete la música en su más exquisita pureza y un muñeco, vestido de payaso, afirma que da gusto tener sed...

Un mundo acaso grotesco y falso, pero suyo, en el que trabaja y alienta y espera, que puede disolvérsele entre los dedos si Pepín Jiménez se vuelve loco y rompe un silencio de diecinueve años...



A las once de la mañana

(Cuando pasan los canónigos, camino del Palacio Arzobispal.

Los que cogen el arroz salen del lucio y se frotan las piernas, sin sangre.

El encargado de la ventanilla aparta a un lado el vaso de café de las diez y media y da una ojeada profesional a la solicitud, inviable porque le faltará una póliza. Los turistas no entienden la explicación apresurada del guía, pero sí los ojos tiernos y redondos de la Virgen de la Servilleta.

A esta hora, el niño que ha hecho novillos se siente, de pronto, muy solo y tiene miedo, porque sabe que van a descubrirlo. En el taller de Manfredi las niñas bordan un traje tabaco y oro para el torero que nació en el barrio de San Bernardo.)



CON EL QUE HAY QUE TENER más cuidado es con el toro chico, gazapón y sin trapío, decía el padre, y a Pepín le gusta repetirlo. Joaquín Jiménez guardaba recortes de corridas antiguas y famosas, de partes facultativos y de carteles pintados en sedas pálidas. El animal, reseñaba la crónica, no veía de cerca; «Gallito» se retiró para avisarle y, al cambiar la muleta de mano, se le arrancó rápido y certero, dándole dos cornadas. «Durante la lidia del quinto toro ha ingresado en la enfermería el diestro José Gómez 'Gallito', que presenta una herida penetrante en el vientre y región inguinal derecha, con salida de epiplón, intestino y vejiga.» Toros de la Viuda de Ortega, terciados, broncos y nerviosos; el de la muerte por sorpresa, negro, de cabeza recogida, apretado de cuerna y con un peso, ridículo, de doscientos cincuenta y nueve kilos en el desolladero...

A Joaquín Jiménez le agradaba hacer estas exhibiciones de memoria, que siempre eran las mismas. Su tiempo sí que fue para saborearlo, a pesar de haber conocido los primeros brotes de las algaradas. Pero incluso los que se habían dejado envenenar de libertades tenían la evidente conciencia de quién era el amo y lo que representaba. Algunos de aquellos amigos del padre se encontraron con el valentón de turno en pedir más salario, tomándoles el potro por las riendas; algunos de aquellos amigos del padre no tuvieron sino sacar el revólver del bolsillo de la guayabera y disparar a quemarropa. No pasaba nada, resuelto el incidente con el convenio de un peón que se hacía responsable de la muerte, presentándose a la Guardia Civil. Buen negocio, seguro el pan de su familia y, al poco tiempo, la libertad gracias a la declaración de un par de testigos —fue en defensa propia— que dejarían, por lo menos, una puerta a la duda. Todavía viven algunos. Los trabajadores, en su sitio. Nadie tenía la culpa de que estuvieran parados cuatro meses al año, que no es el amo quien rige la granazón, y ellos dichosos con el jornal en su tiempo y con la ignorancia de todo. El sombrajo sobre las cuatro paredes de piedra encalada y las gachas o el gazpacho, que dan fuerzas sin sueño ni envidias. En Cuaresma, el rito del ajiaceite. Ni un periódico había llegado nunca a sus manos —¿para qué, señorito? ¿para que *me se* llene la cabeza de pájaros?—, ni otra música que la del cante de los manijeros o de los gañanes aventando la trilla. Candil de aceite o tedero de resina de pino una hora encendido, para el bocado y el rezo. El pan hecho con sus manos, pan de centeno, apelmazado y negruzco, que es salud, y, para las escardadoras, los tres reales, el huevo duro y un puñado de olivas. Cuando los amos paraban en la finca, se reunían todos en el patio del caserío, para el Rosario, y pedir por ellos. Fogatas en la tarde del invierno, que por diciembre huele a aceite virgen. Se vigilaba el molino y, de paso, a las mejores mozas llegadas al vareo, las nalgas prietas en el pantalón del hermano o del padre. Alpechín

ennegreciendo el arroyo. Por cada media fanega, un corte en la taja, que era cuenta clara donde no podía haber engaño. Toda la noche la campanilla del mulo, el crujir de la viga y el chorreo del aceite caliente, dorado: el primer cargo para comer, el segundo para ungir y el tercero para quemar. Por la mañana iba Joaquín Jiménez al molino —los hombres destocados, la mirada en el suelo— y convidaba a aguardiente. El campo era negocio porque nadie más que quienes lo habían heredado mandaba en él. Vendida la cosecha, la vuelta a la capital prometía nueve, diez meses para gastar de largo, la Mayordomía en la Hermandad, la barrera en la Maestranza y, bien guardada en el barrio de Nervión o de El Porvenir, la morena mimosa, porque sota, caballo y rey todos los días empalagan a cualquiera...

Si hubieses hecho como tu padre, es el latiguillo de Ángela; si hubieras llevado el negocio como lo hizo don Joaquín, el de los viejos amigos que ya no esperan sino que los amortajen con la túnica de Pasión. Pero habría que saber cómo hubiera hoy salvado el tipo Joaquín Jiménez, cuando la gente abandona los pueblos, dejándolos vacíos, y hay que pagar unas bases, y hacer frente a las cooperativas, y oír que se expropian fincas mal explotadas. Treinta mil duros de multa a Villapanés porque hizo de sus tierras lo que le salió del alma, que para eso eran suyas, y las manos del Ministerio en las de Torreblanca y Pintado y Pintadillo, unas en Bollullos, otras en Mairena del Alcor...

Si algo tiene que reprocharse, bien sabe Dios que no es haber hecho dinero el olivar y la viña, aunque el dinero volara, sino vender la ganadería cuando creyó que iba en serio la amenaza de cortar de raíz el arreglo de los toros. La noche en lo alto y solos él, el mayoral, un vaquero y Antonio Rivera, al que le gustaba ver de cerca la faena. Llegaban a la hora convenida el apoderado, con algún amigo, y el «barbero». Un mugido a lo lejos y, por la vereda, los caballos al paso. Manchas zainas en la hierba, los toros del apartado que poco después irían entrando en el «cajón de curas». Allí amarrados con fuertes maromas, el yugo sujetándolos, inmóviles, sin resistencia posible, las tuercas hasta el límite y el chirrido de la lima aserrando el pitón.

Negocio limpio y sin quebraderos de cabeza, pero empezaron a hablar demasiado y en cualquier momento podía venir lo peor. Nadie andaba salvo de culpas en las indiscreciones y algunos, como Pérez Tabernero, hasta las confesaban en los periódicos. Denuncias de Cañabate, Novalón, Zabala... Y tuvo miedo, sin adivinar entonces que el fraude iría a más, aplicándose el fusil inyector en los principales centros nerviosos del animal, además de desriñonarlo dejándole caer sacos terreros. Pero quien pierde debe aceptar la derrota, aunque en ella le vaya la vida, allá toros y allá besanas, mucha fiesta para aturdirse y la confianza de que vendrán tiempos mejores. Mientras tanto, amarrar al *Loqui* a un camello, soltándolo en el Coto de Doñana, y pedir la medalla del trabajo para Pepe el de «El Sport» por haber sido capaz de llevarse cuarenta años sentado en su sillón de mimbre sin espantarse una mosca. Los que tenían peso en Madrid —entre ellos Antonio Rivera, entonces un personaje— sacaron adelante la propuesta. Cuando Pepe recibió la medalla, la juerga fue de antología. Como para pasarse varias horas contándola.

Pero Antonio Rivera no quiere saber nada de aquello —agua pasada no mueve molino— y, a pesar de su sonrisa, se le nota incómodo, deseando acabar cuanto antes una conversación difícil, que hay que mantener a gritos para apagar el ruido ensordecedor de las máquinas.

Los lingotes candentes atraviesan la nave, como un tren de juguete, por rieles que tiemblan. Vibran los cristales y hay que hacer una breve pausa cada vez que sube o baja el cabrestante. Todo un infierno de estridencias en el que parece imposible enmarcar a aquel Antonio Rivera de la copa seguida y la mano lenta en la piel de la muchacha. Pepín lo ve viejo, calvo y con los ojos vencidos. No lleva en el ojal de la solapa la estampilla de alférez —«alféreces provisionales, cadáveres efectivos»— y en nada se parece al que conoció en el frente, pasado a las tropas nacionales desde la avanzadilla de Andújar. La verdadera amistad nació después, terminada la guerra, cuando Pepín tuvo que regar dinero y promesas para lograr los permisos de importación, y los cupos de gasolina, y eludir las multas de la Fiscalía por unas operaciones arriesgadas y provechosas. Le hacía falta alguien bien situado, fácil al reclamo, al convite por todo lo alto, y Rivera fue su hombre. Las trincheras, los asaltos a pe-

cho descubierto, las conquistas de las mozas sin resistencia, envueltas en el temor de los pueblos ganados, habían quedado en anécdotas a la hora del vino sentimental. Luis Santos no podía disimular su mal humor y Salvadorito Fuentes daba suelta al venenoso chiste de la calle para acampanar a «Antonio el de los luceros», como le llamaba.

Le hacía daño Salvador. Ninguno sabía por qué y era que esas bromas le devolvían la imagen de la infidelidad a aquello por lo que había luchado y por lo que tantos murieron con una segura esperanza. A pesar del fuego y de la sangre, la guerra no debió terminar nunca. Se era hombre en ella; no se tenían cerca las tentaciones que casi nadie puede resistir. Primero fue el favor al amigo, forzando un poco su conciencia; después, la pendiente, cada día más pronunciada, que había que olvidar en las suertes de la Venta, el cortijo, las caderas y el vino necesarios.

Muchos amaneceres, al volver a la soledad, sentía la punzada del recuerdo, sus días iluminados, la excitante pasión de la lucha callejera. La fatiga, el insomnio; le daba vueltas la habitación, le dolía la cabeza y el frío de dentro y de fuera le calaba los huesos. Era pensar en Anselmo, en los viejos camaradas, en el pregón de *Arriba* con una mano en el bolsillo, acariciando la culata del «siete setenta y cinco», y en el primer muerto al que acribillaron cuando cruzaba la plaza, confiado y alegre. Apenas le conocía. Sólo de haberlo visto en la escolta del Jefe, en el almacén donde se celebraban las reuniones. Apenas le conocía, pero su muerte le despertó una rabia nueva, sintiendo el escozor de las lágrimas al verlo en la capilla ardiente por última vez rígido, con un reguero de rosas sobre la camisa azul. Sebastián Llorca había sido un jabato. Un día el Jefe, tras el tiroteo en que acabó el mitin, le abrazó delante de todos y le prendió en el pecho sus propias flechas. Llorca reía con violencia y era fuerte como un roble: para las marchas por la serranía y el fusil ametrallador cuando llegara la fecha que no pudo ver. Antonio Rivera, uno más en el cortejo que le acompañaba, supo entonces que había llegado la hora de morir de verdad. Una tarde plomiza, densa. A un lado y a otro de la carretera susurraba el pinar. Arriba, la blancura silenciosa del cementerio, por cuyas tapias asomaban las lanzas de los cipreses. Antes de echarle la tierra desfilaron ante él, brazo en alto, vista a la derecha, la bandera roja y negra sobre el ataúd. El himno se le hacía difícil en la garganta. Y la oración. «Gracias por tu ejemplo. Que Dios te dé eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar la cosecha que siembra tu muerte...» Después, la guerra. Luego, la paz y, con ella, el olvido a cambio del cargo que permitía el favor, para qué las nostalgias inútiles, vida nueva sin preocupaciones ni escrúpulos románticos, la noche en la dehesa, la mañana en la viña —unos muslos morenos y jóvenes entre los sarmientos— y la fiesta larga del reservado. Cuando a Pepín se le agriaba el vino y las palabras podían acabar como el rosario de la aurora, allí estaba él con el carnet como escudo, y el derecho irrebatible de una guerra ganada, y un quite de «vamos a dejarlo como está, que no quiero buscarle una ruina...».

Pepín intenta llevarle a su terreno. Alza más la voz, para que no la apague el eco intermitente de las bielas, de los pistones, de las cremalleras, y fuerza la sonrisa cómplice de momentos que no hacen sino remover la herida. Cuando sorprendieron al que estaba robando aceitunas. Medio saco lleno, pero nada de denuncias: el cañón de la escopeta entre los ojos y hacérselas comer todas, hasta dejarlo tendido en su propia vomitona con tiritones de azogado. Cuando lo de Junquerita: una botella entera de aguardiente y, al perder el conocimiento, el manojo de ortigas por el sexo, que se llevó una semana como si fuera a caballo... En lo de Miguel fue él, Antonio Rivera, quien se encargó de conseguir el tubo de yohimbina. En realidad, casi todo fue obra suya, incluso lo de convencer a la Charo, ¿sabes que se casó?, y llevar al médico de urgencia-Aparte esto, lo pasaban bien, ¿eh, Antonio? Todo a la espalda, mientras se iba el dinero a espuertas, porque aquello costaba un riñón. Sólo los dos hablaban de la guerra; ni a Santos ni a Fuentes les hacía gracia. Por cierto que la semana pasada ha vuelto a vivir aquellos días, leyendo un libro que le dejó un poco húmedos los ojos y también mucha sonrisa. Él no acostumbra a leer, pero éste es caso que merece la pena, con los episodios de los primeros momentos, contados con tanto ángel por Medinaceli. Ratos que, parece mentira, el tiempo ha ido borrando, desde las veladas precursoras de la guardia en los conventos de monjas: «Estas guardias estaban establecidas por turnos y así, a los actuantes, nos permitían

alternarlas con nuestra presencia en los cabarets y el ir de crápula en las fechas libres de servicio, con lo que poníamos una vela a Dios y otra al diablo»... El retablo del grupo de Ramón Carranza —Perico Perales, Martínez Cano, al que se le llamaba «La Herminia»...—, el barrio de Triana con los pasquines revolucionarios y la orden tajante de Ramón: diez minutos para que no quedara un solo letrero, siendo responsables de ello, con todas sus consecuencias, los dueños y los vecinos de las casas en que los hubieran pintado. Carranza, con su estrella de comandante sobre la camisa, ante el cabo de la Guardia Civil de la Ciudad Jardín, que se negaba a aplicar el bando de Queipo: «Es igual; le fusilaremos a usted». Por la mañana, el aperitivo en el Hotel Madrid y por la tarde la marcha hacia los pueblos. Por los campos de maíz, el Batallón de Voluntarios, al que se incorporarían garrochistas y rejoneadores. Monturas de sillas vaqueras, alforjas, mantas y el sombrero cordobés. Al entrar en los pueblos lo primero era dar ejemplo con los que habían resistido; después, nombrar las autoridades y arriar la bandera de la franja morada: «color poco acertado, dice el duque, por su parecido con el permanganato», entonces el doloroso y único remedio que enfrentar a las consecuencias de una cama...

Meses más tarde fue el encuentro. Ya se sentía el frío del alba cuando, a la voz de alerta, los fusiles apuntaron a la silueta de un hombre con los brazos en alto. Dijo que se llamaba Antonio Rivera y que venía huido de un batallón disciplinario...

Pepín no quiere entenderlo. Por eso se lo repite sin rodeos, de una forma que no da lugar a dudas. Antonio parece no tener el menor interés en acordarse. Una decisión madurada durante muchos años, las cartas sobre la mesa y escoger entre el juego fácil, divertido, que deja el paladar amargo, y el otro, cuesta arriba, gris, que al final pone en el corazón una leve alegría sosegada.

La habitación dando vueltas, el alma en la boca, los insistentes fantasmas de Llorca, de Anselmo, de todos los que habían tenido su misma fe. Ahora, cuando cierra los ojos y nota muy cerca a María Dolores, siempre hay un plazo breve antes del sueño: unas veces para ese amor de rutinarias luchas y palabras que se borran en el suspiro hondo, y otras para una vuelta más a ese problema de la fábrica, que habrá de resolver mañana. Pero nunca ya los fantasmas lastimándole el pecho.

Porque aquella mirada, la de Anselmo, sí que dolía. Fue la que hizo que alguno se echara a llorar como una niña y la que a él le diera fuerza para repechar entre los escombros, hasta el campanario, y tirar las dos granadas que no podrían herir a nadie. Las cinco y veinte de la tarde, diecinueve de abril de 1937. Trece días faltaban para izar bandera blanca en el Santuario, a cuatro tiros de honda la avanzadilla del Cerro de las Chozas y, en los sótanos del lado este, las mujeres y los niños junto a los heridos graves y a los muertos aún calientes. Anselmo no tuvo, al caer, una frase para enriquecer la antología de los énfasis, entonces habituales y necesarios. Se limitó a sonreír, viendo a los cinco de «La Madroñera» alrededor, y así quedó, con el dibujo de una rara dulzura en los labios. Cuando se lo llevaron a los sótanos, Antonio Rivera se hincó de rodillas sobre la huella y juró por Dios que su muerte no sería inútil. Le dieron tierra a la caída de la tarde. Al frente, el capitán: moreno, delgadísimo, las cejas muy pobladas, iluminados los ojos. La paloma llevaba un parte por el cielo: «A las 12 horas reanudaron intenso asalto, que sigue a las 16, llevándonos causadas 17 bajas. Artillería y morteros emplazados en igual sitio, habiendo ocupado enemigo las tres casas de Marmolejo, Lopera y Arjonilla, del sector norte. Indispensable ayuda de aviación para batir objetivos señalados...» Diecisiete bajas. Entre ellas, el chiquillo de «La Madroñera» —como llamaban a la escuadra—, el mejor de todos, a pesar del miedo que no lograba disimular en cuanto se dibujaban por la cresta del monte las motas grises que, segundos después, descargarían sobre el Santuario una lluvia de metralla. Había que pegarse a la tierra —¡ojalá fuera posible meterse debajo de ella!— y, con los ojos apretados, aguantar el chaparrón como Dios diera a entender. Las bombas estallando dentro de la cabeza, la tierra levantada, triturada en piedras que herían, y el cielo sucio de un velo cárdeno, mientras escocía en la garganta y en la nariz el olor ácido de la pólvora. Después, el runruneo de los motores alejándose y, al dejar de oírse, estar en medio de otro paisaje y volver la cara de los muertos, por si alguno era el amigo con el que se había compartido el calor de la manta. Los de «La Madroñera» iban a

la posición de Anselmo, temiendo que le hubiese pasado algo a aquel chiquillo del Cortijo del Pedregal, unido a ellos para luchar contra los que habían matado a su padre.

Anselmo Vega, para servir a Dios y a usted, contestó a la pregunta del capitán, que le mandó al puesto de observación de la lonja. Sabía cantar con voz suavemente grave y era un lince para orientar a la escuadra por la vereda de los madroños en las noches sin luna. Dormía poco, acostumbrado a las faenas del amanecer en el surco, y antes de que clareara el día ya estaba en planta para acompañar al centinela de la lonja que, con las historias de Anselmo, distraía el hambre, el miedo y el cansancio. Así lo había conocido él, una mañana de presagios porque se observaba mucho movimiento por la carretera de Puertollano. Anselmo se sentó sobre un pedrusco, a su lado, y la verdad es que consiguió tranquilizarle con su charla. De cómo adivinar la lluvia por la carrera del lagarto, de las diez tajadas que tiene el melón, ni una más ni una menos, y de la manera de untarse la cara y las manos con malvas para que no piquen las abejas. Y un rosario de sucesos y de gentes. Apenas en dos horas, la vida y milagros del pueblo, desde la huelga de los olivareros, que acabó con el dueño de la almazara colgado del molino, hasta la noche de la tormenta en la que el tonto dejó preñada a la maestra; desde los tres días en que salieron los hombres a matar al lobo que ensangrentaba los rebaños, hasta la borrachera del bueno de su primo que, cuando la fiesta de la Patrona, tiró un cohete y dejó tuerta a la novia. Cómo era la romería del último domingo de abril. Nadie en los caseríos creía lo que dicen los curas, —«para vivir sin arrimar el hombro»— y, sin embargo, ninguno faltaba a la ermita. No quisiera ver cómo lo pasaban, a base de espirriaque y de mirarles las pencas a las mozas, que todas se dejaban ir en los meneos del baile...

Desde el atrio, donde se había montado un puesto de observación, se extendía la pendiente que iba a las estribaciones del Cerro de las Canteras. Perdidas entre manchones, las blancas gañanías de Encinares y Pedriza, las aguas del Jándula y, ya a dos pasos de Andújar, el pedazo de tierra dura que Anselmo había abandonado para unirse a ellos. Por las trochas iban en primavera, a sacar a la Virgen que se apareció a un pastor de Sierra Morena. Una vez al año, y cuando lo pedía el pueblo, para que salvara la cosecha mandando lluvia contra los resoles. Contaba Anselmo lo de su padre mirándose las manos y con voz endeble. Cuando en el pueblo se supo la noticia de la sublevación, fueron las gentes a los caseríos cercanos, en busca de hombres para la defensa. Se llamaba también Anselmo: un toro, de fuerte, al que las cortijeras tiraban los tejos, que cayó con un caño de sangre en la frente y la escopeta al brazo. Aquel pedazo de tierra le había costado media vida y no iba a abandonarlo a la buena de Dios porque los demás quisieran. Él no tenía nada que ver con nadie, allá que cada cual arrimara el ascua a su sardina, los carcas con el cura y los de la Casa del Pueblo con aquel minero de Riotinto que todo lo quería arreglar prendiéndole fuego a las sementeras. Cuando se echó la escopeta a la cara creería que con eso iban a dejarlo en paz. No hubiera disparado, seguro, pero de pronto sonó un tiro y Anselmo el del Pedregal cayó de bruces, con la frente rota. La tierra seca, sin brazos que la trabajaran, y un chiquillo sorteando las líneas hasta alcanzar el Santuario. Trece años y sin saber por qué pasaba todo aquello. Y por qué morir, con un fuego que quema por dentro, mientras vigilaba lo que se movía entre el Cerro de las Chozas y el atrio. Hubiera cumplido los catorce en aquel diciembre, pero ocho meses antes, el diecinueve de abril, a las cinco y veinte de la tarde, Antonio Rivera rezaba, hincado de rodillas sobre su huella y jurando por Dios...

Una noche, y otra, y todas, los nombres, las fechas, las palabras. Hasta la ruptura definitiva que tendría otra razón. O acaso la misma, reunidos en la Sala del Consejo mientras el jefe hablaba del momento y de la responsabilidad. No se trataba de salir a la calle, como ayer, con la «Star» en el bolsillo, sino de apretar las filas y, como siempre, ser unánimes en defender lo que muchos habían combatido hacía treinta y tantos años. Para él no es que esto sea bueno o malo; quizá conveniente, porque mientras los hombres políticos han de acompasar su pulso al ritmo de la evolución, para los románticos, como Llorca, y como él mismo —los que mueren o los que se decepcionan—, todo es más triste que dar el paso en la mañana de la guerra. Una sensación de hastío, de muerte natural entre sábanas. Mejor, mil veces mejor, la otra muerte del campo, la lata de sardinas para todo el día y ahuyentar el miedo jugándose la madrina al julepe. ¿Fue para esto? La gente que va por la mañana a misa y, por

la tarde, con idéntico fervor, a aplaudir a un delantero centro, la que va de prisa para no perderse el telefilme y casi llega a creer que la desgracia de las inundaciones —como la de los objetores de conciencia— debe de ser una maniobra comunista; la que sólo aspira a la renovación del convenio colectivo y pasa, como distraída, delante de unos muslos de la mujer sentada —cuanto más mínima la falda, más angustia— y busca en las revistas gráficas el gesto bonachón y soso de una reina para saber si, al fin, ha quedado embarazada...

Seguía el jefe la voz en los acentos líricos de su costumbre: sin prisa, pero sin pausa, las dos vertientes, la vocación de futuro, lo entrañable, estar unido en la afirmación nueva, cerrando el paso al enemigo que acecha en la sombra...

Terminado el discurso, largo, con alusión al hecho trascendental que había vuelto a reunirlos, uno a uno iban poniéndose en pie para aceptar la consigna con un simple monosílabo. Después de muchos años de olvido, Antonio Rivera se aferraba a otras palabras, que también fueron consigna. Pero el llamado no era él. Por eso, cuando le llegó el turno, se levantó y, como todos, estuvo conforme. La reunión había durado toda la noche. Al llegar a su fin, plateaba el cielo y, a lo lejos, se oía el canto de un gallo.

Fue la última vez, el espolazo último para dejarlo todo y empezar de nuevo. Al principio, el dolor de muchos desengaños, porque ya no iba a ser útil a los amigos. Hasta la oportunidad esperada: la gerencia de la fábrica, que le da trabajos, y problemas, y ganas de vivir. Cuando se oye la sirena va a la cantina, a beber una cerveza con los hombres, y luego marcha a casa, eludiendo el encuentro con quienes le hablarían de cosas que no quiere recordar, de las que no quiere saber nada.



Al mediodía

(Cuando la Feria se emborracha en la estampa del paseo de caballos.

La hora en que se levanta el rastrillo para visitar a los presos y, a la puerta de las Administraciones de Lotería, se cuelga la pizarra con los números premiados.

El domingo del invierno, la hora de arrimarse el mosto de La Pañoleta en su propia salsa.

Se calienta el cristal en los comercios antiguos de la calle Feria, con alpargatas de colores colgadas en el dintel, como puestas a orear. Por el aire, embalsamado en el jugo de las frutas, evolucionan las avispas envueltas en sus mallas amarillas y negras.

En la calle de las Sierpes, hombres que hablan de cosechas, de ganados y de mujeres. Casinos con cadáveres que leen el periódico y Bancos de puertas giratorias, tiovivo de empresarios. Se acerca el gitano del poblado bigote, en la pinza de sus dedos el gusanillo enroscado de la sortija falsa —que querrá pasar por oro de ley— y en la Plaza Nueva, entre varas de nardos y sillas de hierro, las niñas cantan la seguidilla del pañuelo que bordara la novia de Reverte...)

AL MENOS DESDE ESTA distancia, a los ocho o nueve metros que le separan de Charo, hay que reconocer, se dice, que sigue siendo una mujer de bandera. No sólo ha sabido conservar la línea que bordea los peligros de los contornos excesivamente pronunciados, sino que son tersa su piel y jóvenes sus ojos penetrantes, con esa dureza que siempre infundió respeto. Pero a esta hora del mundo las miradas parecen no tener tiempo para detenerse en delectaciones...

Pepín Jiménez ha dejado a Rivera —y el ruido enloquecedor que le rodea, la frialdad de la nave, la perfecta y deshumanizada sincronización de las máquinas—, conteniendo la bilis que le viene a la boca, mientras vuelve a atravesar la ciudad, anaranjada y gris, del mediodía.

No debería extrañarle. Fue Rivera el primero en abandonar la reunión de los cabales, hace ya cuatro años. Empezó por ausencias que apenas justificaba con medias palabras y

evasivas, hasta no acudir más a la cita porque, según escribiera en una carta de tres renglones, eran incompatibles los buenos ratos de los amigos con los deberes de su nuevo trabajo. Meses más tarde sería Salvador quien levantara el vuelo, cobrada la caza tras el paciente y calculado cerco al capital que le aseguraría el futuro. «Ya que el matrimonio es una cruz —decía Salvadorito—, al menos que sea una cruz pensionada.» Y bien que le salió el rastreo, resultando un aguilucho en el negocio, al que dedica mañana y tarde, hasta que Dios quiera, que será cuando le sorprenda el cepo del infarto.

Al preguntar por Fuentes le han dicho que no llegará a casa antes de las dos. Dado el cambio de programa, acaso no tenga que verlo si, como es de esperar, la Charo se aviene a razones; no por afecto o gratitud, sino por temor a perderlo todo. Él conoce a las mujeres y hasta dónde llegan sus confesiones más sinceras. No se habrá expuesto Charo más que a lo imprescindible, en punto a confidencias, después de enredar al vejestorio a quien hizo pasar por la vicaría. Pronto se cumplirán cuatro años. La boda casi de tapadillo, sin participaciones ni invitados, y el pequeño revuelo de los que la habían conocido de cerca: lo que se dice un monumento, de cuando los hombres aún volvían la cabeza para perderse en unos andares. Después del matrimonio, como si se la hubiese tragado la tierra, encerrada en el chalet de Alcalá.

Antes de alcanzar la carretera, la prueba irritante de los semáforos, los pasos de cebra y las direcciones prohibidas. La calle, ayer estrechísima, es hoy una avenida, pero se tarda más en salvarla. Cuando pasaba el tranvía por ella era necesario arrimarse a la fachada. Había un almacén de aceitunas, con sus lebrillos asomados a la acera, donde hoy se levanta un enorme edificio, portero de uniforme marengo y una sucesión de placas con las siglas de otras tantas sociedades anónimas. No hay trajín de pregones ni regateos en la plaza de abastos, adonde iba muchas mañanas con Fuentes, al rito de las sardinas asadas, porque la compra se hace al empezar el día en el supermercado, disciplinada formación de artículos en serie. «Triste y sola», como en el vals de la Tuna, está cerrada la vieja Universidad, a la que iba de tarde en tarde. Era el único que no temblaba ante aquel esquizofrénico, catedrático de Derecho Romano, y el único que tenía para invitar a los compañeros de curso a una jornada de magreos alegrones en casa de Lamadrid. Las tabernitas del machaco —carteles de toros y veladores del dominó—, para volver a empezar con fuego en la garganta, son como quirófanos que exponen tras el cristal lavadoras automáticas y frigoríficos. De otros tiempos no queda sino el «Bar Pinto», en la esquina de La Campana, pero sólo como reliquia de aquellas noches pasadas en el sótano, a la guitarra Manolo el de Huelva y, en el «pellizco» que ponía escalofríos y lágrimas, las viejas lorqueñas de la Niña de los Peines: esquilones de plata, bueyes rumbones... Saltaba de entusiasmo Pepe Pinto, llorando como un niño nervioso, y Pastora, la Niña, iba transfigurando su fealdad en una belleza nueva, desconocida. Años después sería la locura minándola poco a poco, hasta convertirla en un animal de gritos, envuelta en unas sombras y en unas navajas que únicamente ella podía ver.

Parece que la ciudad fuera a extenderse hasta el infinito, inacabable. Las modernas edificaciones, iguales ya a las de todo el mundo; cárceles de ladrillo enlucido, cárceles de piedra, cárceles de mármol, se alzan sobre los que fueron campos de olivo y de naranjal. El asfalto se ensancha en el veril por el que venían todas las mañanas, desde Guadaira, los borriquillos con los serones cargados de pan crujiente. El pueblo —en la Mina, la Cañada, la Plaza del Perejil— olía a tahona. Contaba Joaquín Jiménez cuando iba a escuchar los cantes del de la Paula. Subían por el Arquillo de San Miguel y, en una cueva oscura rezumando agua, los recibía aquel gitano con cara de perro bóxer, sentencioso y frágil, mordido por el hambre. Se llevaba a Joaquín el de la Paula a la Venta de Platilla, donde alguno de los amigos cerraba el trato para la compra de gallos peleones que echaría a reñir allí mismo, como contrapunto de la soleá: «Ya no me hablan en la calle; en mí se cumplió el refrán: tanto tienes, tanto vales».

El chalet de la Charo está antes de llegar al pueblo, en la curva cerrada, entre el otero y el barranco, donde ha acabado para muchos una madrugada alegre. Si todo falla —pero no será así, todavía cuenta con «la malilla» para el arrastre—, éste será el sitio. Basta con poner el coche a tope y no girar el volante. La muerte en medio del paisaje verde, las aguas mansas

del río, las almenas del castillo y, al fondo, el pueblo blanco que despertaba al pasar, lento y asmático, el tren de los panaderos.

Cada sillón isabelino debe de valer una fortuna. Y cada adorno, caprichoso y original. Una colección de porcelanas y abanicos en la vitrina, marfiles alineados en la repisa de la chimenea, atizador barroco sobre el sardinel y, presidiendo la sala, una Charo idealizada, vestida de amazona, brazo en jarra, curva del rostro dibujada por el barboquejo, y zahones bordados.

La otra, la Charo verdadera, es menos lírica, pero decididamente más carnal. Su piel tostada, su andar majestuoso, sus ojos duros, más duros cuando le mira con valentía y le pregunta —la voz parece lejanísima— *quién es y qué es lo que desea.*

Ha sido como encontrarse de pronto en el vacío; como perder el suelo bajo los pies, notar que se hiela la sangre, de golpe, y que todo gira vertiginosamente alrededor de la cabeza. Pero esto ahorra el balbuceo de los preámbulos y deja más libre el camino para decir lo que le trae. La necesita: así, sin más. No piense que es agradable llegar a estos extremos. Se trata sólo de un préstamo, mientras hace frente a unos imprevistos que en menos de un año dejarán las cosas como estaban.

La pausa es tensa, violentísima. La voz de Charo, aplomada y firme, como una navaja abriéndose paso por la carne, muy lentamente, cuando le dice que debe de haber un error. «Perdone, pero no sé de qué me está hablando.» Que no le conoce...

La escena, tan irreal, tan inconcebible, durará apenas cinco minutos. Esta vez es otra la sonrisa, para que vea en ella que la desesperación puede llevarle a todo, tirar por la vaguada y allá cada cual con las consecuencias. A ver si no es mejor avenirse a razones, que nadie sabe de lo que es capaz el lobo cuando está cercado por los perros: hasta a los árboles y al viento da dentelladas y seguro que no morirá sin hacer sangre.

Charo, sin embargo, repite sus palabras, como una lección aprendida, y él va más lejos en la amenaza, concreta ya en el recuerdo de Antonio Rivera, y en el de un tiempo en que era apostada a un póquer de dados, y en el de una noche en que se tendió desnuda sobre un muchacho muerto...

Cuando Charo, recia, imperturbable, hace sonar una campanilla y luego ordena que «acompañen al señor hasta la puerta», Pepín Jiménez querría gritar el asco y cortarle la cara. Pero el día va pasando y lo inmediato es ganar tiempo, aunque habrá de volver —¡claro que sí!— a cumplir la promesa. Salir de nuevo, dominando el vértigo y la rabia, y despertar de la pesadilla con las manos en el volante, mojados los ojos. En el parabrisas, una carretera desvaída, como envuelta en nubes y en agua.

Se pierde el ruido del coche. El silencio, rozado levemente por un trino y por el susurro de las hojas. Es entonces cuando ella nota partírsele algo por dentro, igual que una cuerda tensada más allá del límite. Tiene que sentarse, desfallecidas las piernas, y ocultar la cara con las manos, oprimiéndolas en un intento de borrar la última imagen de Pepín Jiménez, las palabras que la han traspasado de parte a parte y el rencor entrevisto en su mirada.

Porque nunca ha tenido el valor de decirle a Carlos la verdad y ya es demasiado tarde. Muchas veces estuvo decidida, pero acababa por callar, quizá culpablemente, por no destruir su ingenuidad, su confianza. Por eso, desde que entró en aquella casa no ha querido salir, con miedo de todo, hasta del aire que pudiera quebrar esta dicha apacible.

Cada anochecer, cuando llega Carlos, cansado de la batalla ganada, siempre hay unos primeros momentos de temores, por si alguien, quién sabe si dolido de su suerte o de su tacto, le ha querido vencer con una insinuación. Sólo unos minutos, porque en seguida advierte que todo sigue igual y apenas escucha, dando gracias a Dios, contenidas las lágrimas, lo que él le cuenta de cómo ha logrado la subasta de un terreno, de que ya se han cubierto aguas en el bloque que empezó a construir hace unos meses, de mil cosas que ella no entiende, pero que van devolviéndole el ritmo del pulso y el rumor tibio por las venas. Después de cenar, sentados ante el televisor, es cuando más extraño le parece todo, y piensa que vaya a despertar en las noches del *whisky,* de las náuseas y de un hombre cualquiera al que ha fingido caricia y desmayo. Se le acelera el corazón al paso de los coches y cuando suena el teléfono. Carlos enciende otro cigarrillo, que en seguida apaga contra el cenicero, la besa en la mejilla y cierra

los ojos. Trabaja mucho, no es joven y ella se siente segura así, sin más deseo ni más sed que tenerlo al lado. Porque lo encontró en el último instante, la vida cada día más apretada y difícil, cercano un final de miseria y de angustia, acaso con un recuerdo remoto y feliz —únicamente un recuerdo feliz, el de José Manuel— que llevarse a su soledad.

Quince años ella y él diecisiete. Un muchacho rubio y dicharachero, con la cabeza a pájaros, el paseo entre risas bajo la lluvia, porque a los quince años no le importaban sino aquel calor que le oprimía el costado y el beso largo de la despedida. José Manuel se casaría con ella en cuanto terminase la carrera. Apenas tenía dinero, pero tampoco les hacía falta para gozar la vida de punta a punta, la tarde en la orilla del río, la espera impaciente a la puerta de la Facultad, el rinconcito del parque —siempre la misma glorieta, el mismo banco—, la caricia nerviosa por el muslo, floreciéndole los pechos en el calambre de su mano. Los domingos iban al baile de San Basilio, para estar abrazados en la música, unidas las mejillas, las palabras mojadas y una ascua en los ojos. Siempre les sorprendía la hora y entonces habían de volver, ligero el paso, casi sin hablarse, con el susto de llegar demasiado tarde a casa... Hasta que todo se iba apagando mientras subía la escalera y entraba en su habitación, tan triste, tan vacía, las quejas de la madre, la desesperación, el plato de caridad y el miedo a que la vieja Matilde se negara a prestarles más dinero.

Pero sí les prestaba, segura del cobro, con un aumento en la ganancia. Cada prórroga era doblar los intereses; por eso a menudo saldaba las cuentas llevándose muebles, alhajas, ropas, y, sin embargo, era el pañuelo de lágrimas de todo el barrio y no había quien no le debiera haber comido cuando no se tenía ni para hacer cantar a un ciego. Matilde la ditera iba los lunes. Cuando no le podían cubrir la semana, después de anotar algo en su libreta, llevaba la charla por otros cruces. Debería acompañarla la niña, alguna vez, para el cobro y para ajustarle el monto de las partidas. Matilde la miraba a los ojos y había en su voz una blandura de complicidad. «Un día tienes que venir a mi casa...»

Qué era lo que quería esa bruja, le preguntaba José Manuel, y lo olvidaba en seguida hablando de los exámenes y del momento maravilloso de los dos solos, ajenos a todos los demás...

Por los primeros días de junio empezaron a verse poco, porque él tenía que hincar los codos de firme para sacar el curso. Se acordaban entonces de los milagros y hacían promesas a la Virgen del Refugio y al Cautivo.

Una tarde, más por tener contenta a Matilde que por estar resuelta a ayudarla en el trabajo, fue a su casa. La esperaban la ditera y un hombre, ni joven ni viejo, bien plantado. Una salita a media luz, paredes recargadas de cromos, en la radio una música suave y, sobre la mesita de centro, tres copas y dos botellas con el cuello envuelto en papel de oro. Ella no había probado nunca aquello, con espuma y burbujas, que le cosquilleaba en la nariz, aligerándole el corazón.

Con la segunda botella se le hizo más tonta la risa y le era agradable el brazo que le rozaba el pecho. No recuerda cómo ni por qué salió Matilde, dejándolos a los dos solos en aquel juego de la mano oprimiendo su mano, primero, y luego la boca en busca de su boca. Tampoco recuerda el momento de entrar en el dormitorio. La cortina granate, el perfume de jazmín, la luz roja de la pantalla y él empujándola suavemente, hasta sentir en la espalda el frescor de la colcha y el vientre el peso deseado, para el dolor agudo, breve, que acabaría en un gemido de muerte pequeña.

Al abrir los ojos lo vio muy cerca, alborotado el cabello sobre la frente con sudor. Hubiera querido llorar, pero no pudo, y ocultó la cara contra la almohada hasta que le oyó salir del cuarto. Cuando volvieron a encontrarse en la salita, él le acarició los labios, dejó en la mesa unos billetes y fue hacia la puerta. Al alejarse sus pasos, escalera abajo, sí se sintió las lágrimas, como una lumbre dentro de los ojos.

Seguiría yendo todos los jueves. La recibiría Matilde, casi sin palabras, para dejarla y volver a una hora convenida, repetida la escena que ya no era con el mismo hombre. Había asco y tristeza en todo aquello, pero también un orgullo rebelde porque significaba aliviar las angustias de la madre y vestir como las demás muchachas. Nunca más ese mordisco en el estómago, que desvela el sueño, ni los ojos lastimados bajo la luz amarillenta —cada puntada

un parpadeo—, el palo de rosa para disimular el brillo de la falda negra, las rodillas en carne viva, de arrastrarlas por el suelo, y el aguijón en la espalda, con la prisa por acabar el bordado por cobrarlo cuanto antes. La madre la creyó cuando dijo que le llevaba los libros a la vieja y que ésta era generosa en el pago. A José Manuel, que les mandaban dinero unos parientes a los que habían recurrido. Hasta aquella tarde en que se le nubló la vista y hubo de sentarse en el escalón, desfallecida en unas náuseas insoportables. Tres meses ya sin empapar los paños, la fiebre que la cansaba hasta el agotamiento y, sin saber por qué, sus ganas de llorar. Le dolían los pechos y, al mirarse al espejo, se los notó en punta. Cuando, la tarde aquella, estando con José Manuel, comprendió que era imposible ocultárselo por más tiempo, se lo confesó valientemente, sabiendo que sería la última vez que se vieran. Él la miró como un muerto, sin secarse las lágrimas; ella le vio ir, con las manos en los bolsillos, baja la cabeza, hasta que se perdió entre las gentes y los coches.

Se le había pasado la fatiga, pero todavía esperó un rato allí sentada, en una soledad nueva y espantosa. Luego subió la escalera, vencida contra la baranda, y entró en el cuarto. Resultó más fácil de como lo pensara, después de todo, porque ya nada tenía importancia y porque bastaron dos palabras. No, no era de José Manuel. No, tampoco estaba segura de quién podría ser aquello que pronto empezaría a arañarla. Dolían más los insultos así, en voz baja. Las mujeres de la calle tienen que vivir en la calle... Puso en una maleta alguna ropa, la imprescindible, y salió, dejando atrás sus años de niña.

Fue la primera noche que durmió en casa de Matilde. Al día siguiente la vieja arreglaría el cuartucho de la azotea, donde esperó el momento de ir a la comadre, porque no dieron resultado los remedios del azafrán, el ajenjo, la melisa ni los dolorosos masajes en el vientre.

Cuando llegó la hora quiso huir, con miedo de desangrarse en aquella cama desconocida, pero la comadre logró tranquilizarla, porque nunca pasa nada, «no te apures, muchacha, no es sino un suspiro, como un picotazo», mientras frotaba una y otra vez, hasta la dilatación, y entonces el junquillo endurecido, la respiración contenida, ¿lo ves?, no te has dado ni cuenta, y era verdad.

La petulancia, la amenaza, el desgarro de Pepín Jiménez. La casta de los que se encontraron con todo, para tirarlo por la borda porque en eso se distingue el estilo. Charo los conoció pronto, formando parte de su oficio de adivinar la respuesta que pudiera serle más rentable. De la noche a la mañana, convertirse de niña asustada y temblorosa en mujer que todo lo promete y, en un momento calculado, todo lo niega, para hacer más hambrienta la codicia. El secreto de ir con el compás, el tira y afloja, poner a hervir la sangre y, al filo de la entrega, retrechar la grupa —como ellos dicen— para otro aplazamiento. Dominio de sí misma, aplomo y la fuerza de voluntad suficiente para no rendirse a ternuras ni mezquindades. Volver muchas noches sola, después de arriar velas tras encender un carbón que, a la larga, tendría que doblegarse a razones si quería ser apagado...

Los conoció pronto a través de Enrique, con el que desde el primer instante entrevió la mejor oportunidad de su vida. Fue, por otra parte, el único que supo plantear las cosas muy claras, seguramente porque, con demasiada edad sobre los hombros, no se forjaba ilusiones. Gracias a él, tuvo, al fin, su casa y en ella los caprichos que le parecieron inalcanzables cuando José Manuel —la sonrisa mordiéndole, entre bromas y veras, los cabellos— le hablaba de una boda, el padrino tirando a voleo las monedas para los chiquillos del barrio, ellos escapados para coger el tren y, en cuanto subieran a la habitación, entrelazarse cuarenta días y cuarenta noches, como en el Diluvio, «verás cómo van a ser trillizos»...

A Enrique le gustaba lucirla; sin insolencia, pero satisfecho por las salvas de una pólvora última entre los habituales de su cerco. Aquel mundo, todavía en pie... Fiestas interminables, días quemados en la charla vacía al borde del catavino, las miradas detenidas en su cuerpo. Sus amigos eran más jóvenes que él y todos intentaron la aventura. Tres años con Enrique, cuesta arriba; cada cana al aire, toda una noche del orinal delante de su cara pálida, la bolsa caliente para el cuerpo cortado, y después, en los arrestos del rescoldo, la ilusión de una respuesta siempre fracasada...

En los últimos meses de aquellos tres años lo veía poco, porque ya estaba muy

enfermo: la ocasión de sus amigos, que iban al piso a descorchar unas botellas. Algunos habían de contentarse con eso; otros, si brindaban algo más que un halago, entraban en el dormitorio, dejando después lo que hubiera resuelto dos meses de privaciones cuando ella era una chiquilla arrullada en la caricia del novio estudiante. Llegaba Enrique cada vez más de tarde en tarde, cada vez más estrangulada la respiración, y se iba en seguida. «Porque tengo miedo y, después de todo, no quisiera morirme aquí...» También ella sentía miedo, pero de la soledad y, más aún, de estar acompañada por nadie. Al anochecer, salía en busca de alguno con quien alejar las malas sombras.

Fue uno de aquellos conocidos siempre a punto para el galanteo, Antonio Rivera, quien le presentó a Pepín Jiménez. Buen porte, buen rumbo, flamencos al retortero, aliñada la fiesta y seguirla en el cortijo, al que llegarían con las claras. Un olor nuevo, de campo escarchado, el sol abriendo en la tonalidad violeta del cielo, el paso soñoliento de las yuntas, un cante para alegrarlas y el mugido del toro. Los hombres levantaban la cabeza y le lamían las caderas con los ojos. Una mirada de deseo, pero también de odio. Un lujo más del señorito.

Al día siguiente llamó a su puerta Antonio Rivera. Por el gusto de charlar un rato, dijo, y proponerle un enredo divertido en el que debía ser ella el anzuelo. Era para embromar a un amigo, Miguel Sanz se llamaba; descubrirle las cartas de un puritanismo demasiado cargante. Seguro que a sus treinta y tantos años no se había estrenado aún. A ver si era capaz de frenarse en seco con unas copas y ella vareándole la calentura. Pepín Jiménez prometía no escatimar la recompensa y ya se sabía que esos favores los pagaba a precio de oro...

Le resultaba extenuante el mundo de los señoritos, cifrado en la carcajada y en el brindis, una cantiña de fondo y el relato de hazañas coreadas que siempre eran las mismas. Se jactaba uno de haber llevado a una infeliz en el coche, para abandonarla en medio de la carretera, o tirarla a la fuente del Prado. Se habían divertido a lo grande en la fiesta del cortijo soltando un toro, que apareció en el salón cuando menos lo esperaban los invitados, o emborrachando al gañán a quien, cuando ya estaba inconsciente, habían vestido de fraile para dejarlo en un banco del parque...

Ella sonreía a todo y lo aceptaba todo. El secreto del éxito era no oponer ni un gesto ni una palabra. Ni siquiera cuando Enrique, en sus ataques de celos, enloquecido por un alcohol que ya no podía resistir, abría el ropero y le cortaba los trajes a tiras, con una navaja.

La broma a aquel Miguel Sanz, amigo de Rivera, le pareció una de tantas. Por eso le dejó a Antonio la llave del piso y disfrutó el momento, desnudándose poco a poco, el delirio del muchacho, entre el vino y la yohimbina, los otros escondidos, conteniendo la risa...

Cuando él la estrechó en el abrazo todo fue distinto, inesperadamente. Por lo que vio en sus ojos y porque el beso le recordaba aquellos que no había podido arrancarse de la boca. Y, de pronto, el cuerpo quieto, como dormido. Le puso la mano en el pecho y gritó. Salvador tiró la copa y Antonio Rivera se puso a darle palmadas en la cara, para volverlo a la vida. Pero fue Pepín Jiménez quien dijo lo que tendría que hacer cada uno. Sobre todo y para siempre, pasara lo que pasara, el silencio. Y es ahora cuando comprende que no debió guardarlo —ni este silencio ni ninguno— con Carlos. Un hombre de verdad, encontrado cuando más cerca estaba el día de la derrota última. Porque ella no espoleaba ya, a qué engañarse, y porque alguna vez que lo intentó fue más penosa la mirada de los hombres fija en el andar de otras, menos atractivas, seguramente, pero más jóvenes.

Únicamente Carlos supo devolverle años de juventud, desde el primer día de su acoso un poco trasnochado —*camp* se dice ahora—: su pañuelo para el rímel, el encendedor a punto para el cigarrillo, la flor para el pecho... Cuando, pasados unos meses, de salir juntos —como novios otoñales de cine, aperitivo y despedida a la puerta—, le pidió que se casara con él, no pudo remediarlo y lloró sobre su hombro. Le parecía mentira, y en ese mismo momento hubiera tenido que contárselo todo, pero no lo hizo y después ya fue cada vez más difícil.

Estaba segura de que, un día u otro, tendría que ocurrir eso. Lo que no pensó nunca es que quien viniera a hacerlo fuese aquel Pepín Jiménez, cómplice de una historia que en las noches la ha despertado con el mismo sobresalto, durante diecinueve años. Ahora no queda más que esperar y, mientras, preparar la maleta con lo imprescindible, igual que aquella tarde

de irse a casa de la vieja Matilde, la ditera. Entonces era una chiquilla y tenía miedo a la soledad, pero no a la vida. Carlos seguirá durmiendo a su lado, no sabe por cuánto tiempo aún. Ella irá contando las horas con los ojos mojados, abiertos a la oscuridad, hasta el momento de tener que decirle adiós y andar, carretera adelante...



A las dos de la tarde

(Cuando sale el tren que lleva a mucha gente con lágrimas en los ojos; la que deja su tierra de cantares campesinos y va a cambiar el trabajo de sus manos por un salario extraño y seguro.

Cuando se recogen los últimos seminaristas de mejillas pálidas y becas rojas. La hora en que termina la sesión de la Permanente Municipal, aprobados todos los asuntos por consenso unánime, y en la que parecen más hambrientos los buzones de Correos; el que echa la carta lo hace con un poco de temor, como esperando el mordisco, y luego mira hacia dentro, hacia la oscuridad de aquel estómago lleno de confidencias.

Si es domingo, la prisa por llegar pronto al estadio. En el Paseo de las Delicias los novios se sorprenden de que el tiempo los engañe pasando tan pronto. Muy cerca corre un tren que silba, desparramando tizne. Los novios tienen que levantarse y el tren se lleva las palabras que no llegaron a decirse y que acaso ya no se digan nunca.)

LAS DOS DE LA TARDE sobre la ciudad, rejoneándola ese sol que deja en las manos y en la espalda un calor húmedo, viscoso. Verano del membrillo que empieza a madurar en el sequío pedroseño, barrunto de lluvias por la feria ganadera de San Miguel. No son ya la calina y la ardentía de agosto, sino el resistero a plomo, caldeado. Las calles solas y el silencio que asusta señalando la hora de una ciudad que parece muerta.

Porque hasta en eso de encerrar a la gente en la casa, para el almuerzo a toda prisa, se nota el salto de los tiempos. Hace apenas quince años era el mejor momento del día: el del cañero o el del par de botellas de palma en el fresco umbrío de la trastienda. A medida que entraba el sorbo se iba despabilando la galbana y casi siempre era allí y entonces el empezar la vela. Nada de comida formal, remudada por un tapeo a modo hasta las cuatro o las cinco de la tarde, frontera de la siesta o de seguir pegando la hebra. La sazón de ultimar un trato sin papeles ni firmas, sin más rúbrica que el brindis, bajo palabra de rey.

Pero la gente ha perdido el paladar. O se lo han hecho perder el frigorífico, la lavadora, el televisor, el «Seiscientos», facilidades de pago, una pila de letras y, para pagarlas, andar a la brega con varios empleos que no dan margen sino para vivir pendiente del reloj y de esa recompensa gris del domingo, en el griterío del estadio Villamarín o Sánchez-Pizjuán. Comer sin darse cuenta, para reponer energías, y otra vez al trabajo con la esperanza puesta en ese golpe de suerte de «los catorce aciertos» que no llegará nunca. Hoy sí que adelantan las ciencias; hay quienes van por ahí con el esófago de plata o con el corazón de un muerto. Pero la mayoría termina en el vértigo de la carretera, a la que se lanza por ganar unos minutos, o en el sobresalto definitivo de la congestión cerebral, o en la estocada de un cáncer que dará la cara cuando ya no haya remedio. Olvidadas, por imposibles, aquellas fórmulas de «a vivir, que son tres días» y «este vino no se lo beben los ingleses». A la media docena de botellas, atizada la lámpara, mandar a Salvadorito en busca de un flamenco que llegaría asustado, con respeto, y echar el resto hasta cuando fuera. Se le pagaba o no se le pagaba, según cogiera el cuerpo, y no había protestas porque, si no sacaba propina, para eso había comido gloria bendita. Sabían estar en su sitio; no como ahora, que les han hecho creer grandezas —la misa flamenca, el monumento a la Niña de los Peines, los cantes en la Universidad— y así están ellos, con sus exigencias y sus descaros, sin que nadie se atreva a acusarles las cuarenta. El postín de un Antonio Mairena, negándose a la fiesta que no le cuadre, o un Fosforito hecho un brazo de mar, huésped del Hotel Colón, o un José Menese atreviéndose con letras que suenan a bofetada limpia: «Cuándo querrá Dios del cielo que las agüitas vuelvan a su cauce; las esquinas con sus nombres, sin reyes, ni roques, ni santos, ni frailes»... Los que tuvieron que buscárselas a los ocho o nueve años para medio comer, como Naranjito de Triana, presumiendo con el estribillo de la dignificación, y los que pasaron lo que no hay en los escritos en un Penal, después de andar huidos en la sierra, como Luis Caballero, diciendo en la fiesta del «Club de los Leones» que va a cantar por estilos de Levante, «aunque esto no lo entiendan los señoritos»... Debe de ser el desquite, en esta ceremonia de la confusión en la que se derriban los palacios para construir pisos de renta limitada, y en la que quienes aún tienen casta se ven desplazados por los advenedizos, rodeados de un lujo que no llegarán a digerir nunca.

También es la de callar, porque no puede decirle nada de esto a un Salvadorito Fuentes, por muy ridículo que le vea, arrellanado en el butacón de terciopelo, la sortija de brillantes y el habano con vitola especial, como los opulentos de *La Codorniz.* No será él, desde luego, quien le niegue a Salvador mano izquierda para el chalaneo. Sólo que los menesteres de ayer eran para proporcionarle a Pepín una conquista a precio razonable o para

cerrar la boca a los que hablaban más de la cuenta. «Tú sí que me has quitado golpes, Salvador», y seguro que los dos están recordando con qué labia se encargaba de aplacar las voces de una «honra ofendida», los padres y los hermanos de la pajarita amenazando, hasta tener que dejarlos mudos con un buen unto de rana. Un escudero para todos los avíos, desde ir por una guitarra hasta cargar la escopeta en la mañana de la cacería. El cañaveral de la laguna en medio de la marisma; ramajos que se tragan un caballo, pinos enanos y lentiscos, el silencio roto por el mugido de una vaca entre las junqueras. De pronto, el triángulo en vuelo de los patos azulones y la trisca del disparo en el aire. Se metía Salvador en el agua y volvía con la caza, chorreándole por los brazos la sangre del animal muerto. Los perros podían amallarse en los juncos y, en cambio, Salvadorito lo hacía de buena gana, que en lo de no andarse con remilgos era único. Sabía estar, además, en las zambras que organizaba Ángela sin desafinar entre la gente de tono. Gracias a eso pudo poner sitio a Pilar Andrade en cuanto se enteró de la cifra de seis ceros a que ascendían sus atractivos. Una semana de pretensiones, cuatro meses de noviazgo y una boda de las que hacen época.

Para Salvador, un día excepcional, tan pocas veces permitido, del cigarrillo y de la copa en la soledad del despacho. Porque hay que olvidar, de tarde en tarde, el engranaje diario —producción, costos, pedidos, convenios, coyuntura— y porque no tendría lo suficientemente despejada la cabeza, dándole vueltas en ella las mil instantáneas que Pepín acaba de reavivar. No es que estuvieran veladas, pero sí desvanecidas por la distancia de los años y por la fiebre de los trabajos que no dejan respiro. Situaciones aceptadas resignadamente sólo por el miedo al futuro y a ese empleo mal pagado al que, de no ser por haberse integrado en la divisa de Pepín, hubiera tenido que agarrarse. De una parte, el orgullo como único efectivo del que presume la pequeña burguesía «pobre, pero honrada» y, más allá, la incógnita del triste jornal en un taller o en una fábrica. «Así no llegaras a ser médico, como tu padre.» Aunque hubiera servido, tampoco era un horizonte como para seducir. La vida del médico modesto, el viejo instrumental, la escasa clientela acudiendo a él sólo en el instante desesperado, los honorarios mínimos, demorados siempre, desierta la consulta, útil únicamente para asistir al moribundo de las tres de la mañana, cuando los trámites hacen problemático el ingreso inmediato en la Residencia sanitaria... Todos los caminos hacia un callejón sin salida, la vehemencia de sus veintidós años y la evasión engañosa las pocas veces que contaba con algún dinero, por la venta de un libro o por pasarle a un compañero los apuntes a máquina.

Una de aquellas noches conoció a Pepín Jiménez, que iba, con unos amigos, a apurar los coletazos de «Las Siete Puertas». Se inició la charla en esa relación cordial y sin razones del mostrador, para seguir con el convite y unos cantes que él sabía ligar acompasados. Las cuatro gachonerías, el candil con que ganar el derecho a entrar en las rondas siguientes y, por fin, la despedida de los abrazos a que empuja el vino cuando no entra con «mal ángel».

Pepín Jiménez: un señorito que ya mismo se va a quedar como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando, le dijeron. Eso se llama tirar de cartera, y como le gusta llevar siempre al lado a dos o tres espoliques...

Le buscaba por los sitios a donde tendría que llegar, haciéndose el encontradizo, y así consiguió formar en el grupo. No ya porque junto a Pepín se borraran los nublos —que también él tenía derecho a la vida—, sino porque un día u otro aquella amistad habría de serle útil. Aparte el parrandeo por tascas y ventas, Pepín Jiménez daba fiestas en su casa. Gente bien, entre la que no faltaría la soltera, hija única, en bandeja el porvenir, de ella y del que la llevara a la cama pasando por las bendiciones. Ya que el matrimonio es una cruz. Desde hablar con el encargado del cabaret para que lo cerrara, quedándose tan solo las «niñas», los camareros y ellos, hasta lavar los cristales en las borrascas de la finca; desde ir por una partida de maricas, hasta apalabrar el trote de una chiquilla en el picadero de «La Mimbre». Y dar la cara cuando venían las reclamaciones, «quítamela de en medio», cargar la escopeta en las cacerías, imita el llanto de Caracol, cuenta el chiste del cura que confiesa a Sofía Loren, inventar la broma pesada a Curro el de los periódicos y encampanarse con la encargada de Bailen, 50, o buscar a *Garbancito* para hacerle reír...

Iba por el lotero enano: poco más de un metro de estatura, dos cuartas de piernas

atrofiadas, el palique a borbotones, en el remedo de una permanente euforia. Mientras *Garbancito* contaba sus sandungas, lo observaba viéndose igual que él, gracioso de oficio, la coba como título al portador y la sumisión de la sonrisa por no perder un sitio al sol que más calienta. Pero *Garbancito* tenía que hacerlo, si quería vivir al nivel logrado, y mientras los otros tullidos y deformes arrastran, con el cuerpo, el hambre y la rabia, *Garbancito* ya tiene su casita de dos plantas —su casita de cortinas postineras, tocadiscos, *whisky* etiqueta negra, en la pared una pintura de Ressendi—, su hembra y hasta sus hijos; seguramente felices cuando juegan con ese extraño muñeco, pequeño y torpe, que habla y se da pisto porque le deben dinero todos los señoritos de la ciudad, ya que a todos les ha fiado lotería y, entre bromas y veras, se atreve al derrote irónico. Pero eso no es sino la pimienta de una adulación más, para que ellos, al perdonárselo con la carcajada, se sientan liberales y campechanos...

Por la senda de los liños llegaba Martín, el capataz de «El Yunquero», el gesto socarrón del apaño, porque sabía lo que tenía que hacer en cuanto el coche de Pepín asomaba en el alcor. Al dar de mano los hombres, mandarlos al pueblo y preparar las habitaciones con sábanas limpias en las camas y una botella en las mesillas, varas de nardos en los floreros y el suelo regado con solera. No siempre iban con la pareja, porque a veces se acordaba alguno de la guasa, que era dejar en la carretera a la pupila, después de quitarle los zapatos. Por el gusto de contarlo. Y era peor eso de no haber faldas, ya que entonces Pepín querría ir en busca de los toros. Una manera de enardecerse, de sentirse en la plenitud de su realización. La luna sobre los pastos, que crujen bajo los botos camperos, el canto de los grillos y el pánico secando la boca porque de pronto se levanta la sombra negra con los pitones en punta, preparados para la sangre.

Claro que en la finca no estaban más que ellos, sin el jubileo de los que entraban en el cuarto de la venta y a los que tendría que agasajar con su repertorio, contar el chiste, imitar a Caracol, la salida por fandangos del Alosno, el zapateado encima de la mesa, con la chaqueta del revés...

Iban todas las tardes al Casino porque, estando cerca de «El Sport», era donde a Pepín Jiménez le gustaba tomar «la espuela» en los vapores de las cinco. Un enorme tedio, libros de lomos dorados que nadie leía, sillones de cuero abuchonado y, en el rincón de la sombra más amable, aquel gordo que, después de hojear el periódico, se quedaba traspuesto en una siesta de contracciones y gorgorismos, inmune a todo ruido exterior. La oferta de Pepín fue tentadora: el dinero que llevaba encima —veintidós mil pesetas— si el bromazo merecía los honores de pasar a las crónicas. A los dos minutos de pensarlo, la llamada al párroco del Salvador para decirle, fingiendo el tono de alarma, que a un socio le había dado un ataque del que no saldría, que estaba agonizante y era urgentísimo el consuelo de los últimos auxilios. A poco, la llegada del cura, precedido del monaguillo, bordado de oro pálido en terciopelo negro y el asperges con el hisopo. Todavía esperaron, hasta ver despertarse al gordo, atónito ante la rociada y los latines que le habían cortado el sueño...

Un gran triunfo. Veintidós mil pesetas legítimamente ganadas, aparte los gastos de celebración, y el paso franco para asistir a la fiesta de cumpleaños de Ángela, en la que tendría que contar el caso, con linderos y arrabales, al corrillo de los íntimos.

La primera vez que pisó aquella casa, tan distinta a la suya de escalera empinada y el olor antiguo del ácido fénico. A la media hora de estar allí ya se había llevado a todos de calle, en una acogida a compás de la fama con que Pepín se cuidó de hacerle el artículo. Desde el primer momento, un ojeo de buen cazador y calcular pocas probabilidades donde escoger: únicamente tres solteras sin compromiso y, de ellas, sólo Pilar al alcance. Sin demasiado atractivo, pero en bonanza y marcado en la mirada el temor de quedarse para vestir santos. Tampoco él había soñado miel sobre hojuelas y a las primeras de cambio estableció el cerco, a gusto de Pilar. A la semana eran novios y a los cuatro meses correrían las amonestaciones, vencida la resistencia de los padres, partidarios de los tres años tradicionales en la familia. Una ceremonia sonada, todo el jardín de la Caridad repartido por los altares y coche de caballo con palafreneros a la federica, menuda zumba la de los amigos. Celebración con champaña en la fuente, tarta monumental con giraldillo de plata y, tras el viaje meticulosamente programado, aquella primera noche del regreso en que empezaría a

quebrarse todo. Su retraso, entretenido un par de horas con Pepín y con Luis Santos, fue el motivo sin importancia que desató un desproporcionado histerismo de gritos. Una escena muchas veces repetida después. Hasta el planteamiento en serio de escoger entre lo que ella imponía o la definitiva ruptura, «así podrás seguir en la calle, a bailar al son de Pepín Jiménez o de cualquier otro de esos que no pueden dar un paso sin un bufón al lado...».

Varias semanas de pensar: o liarse la manta a la cabeza, si te vi no me acuerdo, o mostrarse caballo de buena boca. También había otra solución: la de compartir la maraña de los negocios, en los que acaso se alzara sobre la excesiva prudencia de quienes los movían; gente cuadriculada, a la antigua, contenta con el resultado mediocre, pero seguro, incapaz de la aventura que llama a la suerte.

Ahora recuerda la desgana con que empezó. Por justificarse ante sí mismo y por tener guardadas las espaldas. Después, a la vista de los primeros aciertos, la fascinación de aquel embrollo para el que se descubrió un especial instinto. Nunca hubiera imaginado que fuera así de apasionante. Todo a un envite, muchas veces de falso, y ver que los competidores abandonan la partida. Observar cada movimiento y exponer la pieza más valiosa en busca del jaque mate. No importa que *no* nos sea útil de momento: hay que comprar, comprar a largo plazo; mañana la mercancía valdrá el doble y la moneda la tercera parte. Demorar el pago de un crédito para conseguir otro mayor, estar atento a las quiebras, que se suceden inexorablemente, todo se vende y nadie va a pensar por qué se compra, qué importa nada comparado con el gol de Zarra en el estadio de Maracaná... Lo ha leído en alguna parte, quizás en un relato de ciencia-ficción: «trabajar para ganar dinero con que comprar la comida con que adquirir la fuerza con que ir a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida con que tener fuerzas para ir a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida...».

Ahí acabaría el verdadero Salvador Fuentes, dice Pepín. Luego, el silencio breve y expresivo. Notar su ausencia a la hora de un baile sobre la mesa del reservado. Sus bromas, pasadas a la historia. Y su olfato para descubrir la posibilidad de una situación formidable, en el encierro de las dos mujeres, en las que había cazado al vuelo la querencia, y ponerlas a arder con el licor verde hasta que una se echaba sobre la otra, con esa furia en la que daba igual ocho que ochenta. En cadena los lances, porque Salvador no sólo admite los recuerdos, sino que él mismo los desgrana entre sonrisas un poco tristes. Por eso Pepín acepta la copa y le pone las cartas boca arriba, en corto y por derecho, sin rodeos, para seguir con el relato de lo que ha sido esta mañana de fracasos. Las reacciones de Santos, de Charo, de Rivera, puedes trabajar en la Agencia, no quiero saber nada, no sé quién es usted, acompañe al señor a la puerta... Hasta ha tenido que removerles la herida de aquello que pasó con Miguel Sanz y quién sabe si no acabará por confesarlo todo, después de tanto tiempo, ya que los demás han olvidado un pacto de silencio que también debió ser de amistad hasta las últimas. Porque los cinco fueron responsables...

Es cuando Salvador niega, primero con el ademán y luego con palabras. Eso no, porque todos hemos estado obsesionados por esa idea, durante muchos años, sin pararnos a pensar que Miguel hubiera muerto de todas formas. ¿No se lo ha planteado nunca Pepín, analizando las cosas fríamente? Miguel Sanz estaba muy enfermo del corazón y ya había sufrido varios colapsos. Él, Salvador, llegó a consultarlo con su médico y supo que no influyó en nada la dosis, insuficiente, de aquel producto y que Miguel estaba condenado, sin solución posible. Por eso a nadie llamó la atención su muerte repentina y no hubo problemas a la hora de certificar su fallecimiento.

Lo que cuenta, en cambio, es la actitud de los otros, pero Pepín no debe preocuparse. Pepín Jiménez escucha la pregunta —cuánto necesita— cuando el vino le refresca la lengua y es tan difícil el trago, que se lo oye por dentro, en la garganta y en las sienes.

Es mucha cantidad, desde luego, pero todo podrá arreglarse. Él no dispone de ella, en efectivo, pero podrá tenerla en unas horas. A las seis de la tarde le llamará por teléfono, a su casa, para confirmárselo y, en cuanto al pago, ya hablarán, una vez que salga adelante.

El silencio, buscando palabras que nunca podrían decir la emoción que le sube a la boca y a los ojos.

Ahora ya no importa lo que ella, Pilar, piense, porque es él quien puede hablar a

gritos, después de haber evitado la ruina, seguramente a cambio de una salud que se va resintiendo en ahogos y palpitaciones cuando sube escaleras y en el vahído de la mañana, que ha de combatir con píldoras repartidas por todos los bolsillos. Es que son muchas noches sin dormir, días enteros de trabajo sin pausa y, a cada negocio rematado con fortuna, la continuidad en otro más ambicioso. Se lo ha dicho Pepín Jiménez, y él está de acuerdo: hay gente que se muere al estampar una firma o al marcar un número de teléfono. De pronto, ese algo invisible que aprieta por dentro, un reloj que se para de tanto forzarle la cuerda. Pero ya, aunque quisiera —y no quiere—, sería imposible dejarlo. Quedaba aún el recuerdo de la humillación, del servicio sin nombre, la sonrisa pagada, la salida del gracioso a sueldo. Y aquí está Pepín Jiménez llorándole, arrastrado, y a quien en este momento podría pedirle cualquier cosa: que cantara, que le encendiese el cigarrillo, que bailase, subido a la mesa, con la cara pintada y la chaqueta del revés...

De acuerdo, la última copa —la última no, la penúltima— y el saludo de despedida, que Pepín corta volviéndose para que Salvador no le vea los ojos.

El aire de la calle es fresco y le inunda los pulmones. Es bonita la estampa de la ciudad a esta hora en que va recobrando su confusión apresurada, alegre en el bullicio de los que vuelven al trabajo, chirriar de cierres metálicos, runruneo de motores, en lo alto un cielo gris que a él le parece muy azul con un sol verdeando las hojas del naranjo.

A las seis de la tarde

(Cuando, cerrada la cancela del cementerio, los muertos se quedan muy solos.

Por la cañada vuelven los olivareros, hacia el valdepeñas y la baraja del rentoy. «Filigrana» perfila el contorno de sus castañuelas: de palo de rosa, de ébano, de

granadillo.

«Si fueras ciego —dice Tobías en las páginas de la Biblia— estarías limpio de pecado»; pero Anselmo —el ciego que pregona en la esquina de la calle del Lirio— no lo está. Sabe definir los colores porque cada acorde musical ha creado en su mente un color. Adivina la hora que es por cómo huele la tarde, y el sonido de unos zapatos de tacón alto por la acera le oprime el pecho en congojas que no ha aprendido a disimular.

La hora en que el sol se deja caer sobre la copa de los eucaliptos. En el verano hay conciertos de la Banda Municipal en el Paseo del Cristina, con sabor de barquillos de canela. Alegría verbenera en la plaza del Pumarejo, tiro al blanco de vaquitas mecánicas que dicen sí con la cabeza, vendedores de tabaco, de higos chumbos y del cancionero de moda. En San Marcos las niñas se cuentan la historia de Blandina, débil y blanca como un jazmín.)

SEIS CAMPANADAS EN EL RELOJ, que oye entre sueños y, en seguida, el timbre del teléfono como una sacudida. La voz del padre y, poco después, el golpe de la puerta al cerrarse, que ha dejado en toda la casa un eco vacío. Nada habrá salido según sus cálculos, último capítulo de una historia al fin y al cabo sin importancia.

Mucha preocupación, mucho desvelo, pero, después de todo, deben dar gracias de que él siga ajeno a cuanto ocurre. Lo pensarán así, casi seguro, y mejor es que lo crean, ya que, si supieran la verdad, les parecería más cínico o más loco. Su enorme satisfacción porque esto viene a librarlo de lo poco que todavía le tiene atado allí, aunque sea en la soledad del cuarto, con su música, sus pósters y los recortes de periódicos y revistas que ha ido colocando en la pared, pacientemente: como jaculatorias personales e intransferibles que se repite todos los días, para darse fuerzas con que evitar la tentación de integrarse en un mundo convencional que le horroriza y le repugna.

Rafa está loco, se dicen ellos, porque, si no fuera así, comprendería la insensatez de no querer su sitio en la sociedad, de la que se ha marginado con el descaro de la melena larga, el pantalón vaquero y la camisa de colores estridentes. Lo que tienen que sufrir las madres, se lamenta ella, con la mirada hacia arriba, sin duda en busca del barquito de la Virgen de Consolación. El caso es que siempre fue un niño normal, dócil, de escrupulosas confesiones,

según aseguraba el Padre Félix. Normalidad y sumisión, premisas del silogismo adecuado al equilibrio del mundo: el único lujo que puede uno permitirse, en estas circunstancias, es ponerse así de cursi. Un niño como Dios manda que, han contado miles de veces con orgullo, fue recibido Hermano en la Cofradía a las tres horas de nacer y bautizado al lunes siguiente con una túnica de nazareno por mantilla...

La infancia de las vacaciones en el campo, un poney y dos gañanillos para sus juegos. A la caída de la tarde, el paseo hasta el pueblo, adormilado en el vaivén de la calesa. Cuatro mulas tordas, con cascabeles y madroños, guarniciones con clavos de plata y, al pescante, el mayoral de calañés y látigo cuajado de moñas. Los hombres se quitaban la gorra a su paso y, por las fiestas de San Ginés de la Jara, le llevaban el jarro con el primer mosto, que probarlo el señorito chico daba suerte a la cosecha.

Todos los domingos, muy temprano, venía el Padre Félix a decir la misa en la capilla de «El Yunquero». A él le temblaban las piernas cuando se acercaba al confesonario, seguro de no librarse del infierno por haber dicho una mentira y por entrar en el silo donde Juanilla, la de Martín el Capacho, cernía el trigo. Al hacerlo, inclinada hacia adelante, se le veían los pechos, agitados con el mimbreo del cuerpo, y él se notaba sin saliva. Dos estaciones del rosario, la mirada llorosa en los ojos dulzones de la Virgen...

La vuelta del campo era alegre, en el son cascabelero de los collerones. Pero al entrar en la casa —aquella casa grande de Santa María la Blanca, donde se había espesado el aire—, sentía miedo y ganas de llorar. El frío de las mañanas, las horas muertas, larguísimas, del colegio y, acabados «los deberes», encontrarse solo con la vieja Nieves, preparado el baño, «sécate bien, ahora a cenar, hay que comérselo todo, a la cama», «porque os amo sobre todas las cosas, a mí me pesa, pésame, Señor, el haberos ofendido»...

No tenía sueño y en la oscuridad de la habitación se notaba rodeado de fantasmas mirándolo fijamente. Junto a su cuarto estaba el del abuelo, cerrado desde que murió. Él lo había deseado mucho, hasta que una tarde descubrió la llave, olvidada en un cofre, y entró, con el corazón en la garganta. Olía el cuarto a tierra mojada y a naftalina. Colgaban de la pared espuelas oxidadas, fustas con empuñadura de metal mohoso, túnicas de penitente, cañeros de cobre apagado... Fue abriendo las vitrinas y llenándose los dedos del polvo gris que cubría los viejos libros de la ganadería y de la bodega, hasta que descubrió la camisa con el cuajaron de la mancha oscura, en medio de ella un orificio y, en el mismo anaquel, unas cartas de despedida. «Ruego que no se culpe a nadie de mi muerte, que acepto por voluntad propia...» Así que era verdad lo que oyó a medias una noche de fiesta, en su casa, la voz de Luis Santos hablando con alguien al otro lado de la puerta. A Joaquín Jiménez sí que le gustaban las mujeres. Por eso, cuando una le dejó en la cuneta, se fue al campo, donde corrió tres o cuatro caballos, tentó un par de novillas y luego entró en el caserío, escribió unas cartas y se disparó un tiro en el pecho... La mancha había acartonado la tela. Al levantar los ojos, su mirada tropezó con la del abuelo, detrás del cristal roto: una mirada penetrante, burlona, que durante muchos años seguiría viendo en la oscuridad, empapado en un sudor frío.

Algunas veces, cuando ya había conseguido vencerse en el sueño, despertaba sobresaltado por la voz del padre. Palabras como pegadas al paladar, arrastradas, repetidas. Después, un silencio y tras él unos pasos inseguros hacia el cuarto de baño, el gorgoteo de las arcadas, el vómito, el breve torrente de la cisterna y allí, entre las sombras, la mirada quieta del abuelo...

Debe de estar loco Rafa. Cuando la visita pregunta por él, la madre cierra los ojos y mueve la cabeza por rehusar el comentario. Ya no queda sino que haga lo que quiera o convencerlo para que se deje llevar a un sanatorio. El calvario que están pasando —esta juventud de hoy—, la vergüenza de verlo con esa facha, las melenas por los hombros, el dormitorio como el de los bohemios, hecho una pocilga, por todas partes carteles disparatados, carpetas de discos, recortes de periódicos... Ella querría saber qué significan esos recortes, pero como a Rafa no se le puede preguntar nada, porque en seguida sale por los cerros de Úbeda...

Vivir. «Quiero vivir», dijo Robert Laporte —veintiún años irritantes— cuando amanecía el 10 de noviembre, prendiéndose fuego frente al rascacielo de las Naciones Unidas.

Por la paz, el muy ingenuo. «Le digo a usted que estos chicos...» El disgusto que se llevaría su familia. «Mr. Frederic Donner, de la 'General Motors', cuarenta y ocho millones al año; Mr. Towsen, de la 'Chrysler', treinta y cuatro millones.» Déjate de rebeldías, cariño. ¿Qué vas a ganar? En los bailes benéficos, el cielo. Chocolate y leche en polvo para tres días a uno de los setecientos cincuenta millones de niños que pasan hambre en el mundo ahora, en este momento. «Jesús no escogió ningún apóstol que no fuera blanco», dice el cartel que enarbola Mrs. Gaillot al paso del primer obispo negro de Nueva York. Canta Bob Dylan: «Ahora yo debo odiar a los rusos, de todo corazón, con toda mi alma, pues tenemos a Dios a nuestro lado»... «Querido San Miguel — reza la oración de los policías católicos neoyorquinos—, glorioso comisario de la policía del cielo, que tan claramente y con tanto éxito respondiste antaño a los designios de Dios, rechazando a los indeseables, echa una mirada benévola y profesional sobre tus fuerzas terrenales; dame cabeza fría, corazón templado, sólidos puños y fino olfato, y, cuando abandonemos nuestras porras, alístanos en tus fuerzas celestiales...» Hay que tener juicio, Rafa. Si he de asesinar a cien mil personas, no lo haré con una orden verbal, había dicho aquel general Thomas T. Hardy; la orden fue Hiroshima, por escrito trescientos mil muertos. «No es un derroche, sino una inversión», aclaró la bella Farah Diba refiriéndose a los seis mil millones de pesetas que costó celebrar el aniversario del Imperio. El Reverendo Connie Lynch predica en Florida: «Deberíamos dar una medalla a los que lanzaron bombas contra la iglesia de Birmingham. Pero ¿no es una vergüenza matar a unos niños? Ante todo no eran pequeñas: tenían catorce o quince años y, además, no eran niñas, sino perrillos, monos, negros. Sólo los blancos son niños, porque sólo los blancos son hombres.» Jimmy Láveme Williams: diecinueve años, lo llamaron a filas y cayó en Vietnam sin saber por qué. Den Thrasber, alcalde de su ciudad natal, Wetumpka, ha prohibido que sea enterrado en aquel cementerio, porque «sólo los blancos son hombres»...

Entonces había ido en busca de los otros, como iluminado. Y también de ellos había vuelto con asco.

A mí que no me hablen de política. Que nunca habían vivido como ahora, cuando podían ver el partido de fútbol en el televisor, veinte plazos y sin entrada ni fiadores. Eran aquellos que desde hacía doce años —desde las inundaciones del Tamarguillo, que se les habían llevado la casa, los muebles, la ropa— se hacinaban en los barracones provisionales de San Pablo. Cuando salían del cuartucho les daría en los ojos la geometría de los grandes bloques de viviendas con ascensor, terraza y portero de uniforme. Se lo había repetido aquel amigo circunstancial, inspector de ventas en una fábrica de refrescos y a cuyo padre habían matado un 19 de julio. Y los que recontaban el dinero antes de entrar en la taberna por si les llegaba para un vaso de tinto, y los que se dejaban la piel en los pozos de Villanueva de las Minas. Primeras horas del día, hacia la Facultad, apretado, en el autobús, entre los que sólo tendrían por delante ocho horas de quemarse las manos; hombres rotos, envejecidos, que comerían en la acera al sonar la sirena, batiéndose el cobre por la internada del delantero centro o por la ineptitud del arbitro al no sancionar una falta clarísima dentro del área. Debía de haber una razón para la esperanza y la buscó entre la gente joven que hablaba de música, de poesía, de teatro. Desde el anochecer, entre las luces mortecinas de «La Cuadra», el cubalibre a cuenta de papá y el coche —también regalo de papá— a la puerta. El grupo de teatro comprometido desvelaría a Brecht, naturalmente siempre que consiguiera la subvención oficial. La grifa para creer en la liberación, la denuncia contra el consumo y un oculto resentimiento por el más reciente éxito comercial de «Los Smash»...

En la tasca del Altozano —la de los sábados sin prisa—, arrullada por los viejos discos de Vallejo, la charla con Juan Torres el arenero, que acabará de hundirle el mundo sobre la cabeza.

Juan Torres tiene mujer y cinco hijos. Se levanta una hora antes del amanecer y trabaja en la carga y descarga de los camiones. Cuando da de mano en el Mercado de Entradores, toma la vera del río para embarcarse en una de las lanchas que hacen el transporte de arena desde el puntal de la Corta. La faena —el remo en el agua, la pala en la tierra— dura hasta la noche. La mujer de Juan Torres padece asma y tiene el vientre recosido, pero ha de cuidar de la casa y se ajetrea todo el día con un estilete en el costado, ahogándose. Los hijos, sucios y

enclenques; los mayores, en el robo de la calle y los chicos en el aire asfixiante de la habitación sin luz. Pero ella hace un hueco en sus horas para oír la novela de la radio, porque le gusta llorar las desdichas de Matilde Conesa, y para seguir el hilo de los acontecimientos de que da testimonio la revista gráfica. Juan llega tarde y mordisquea un arenque. Los hijos duermen, ovillados en el catre, y la mujer le cuenta las noticias. Parece que, por fin, Fabiola está embarazada, y que Soraya va a casarse, y que Paola se está cansando de Alberto; la fiesta de Marbella habrá tenido que ver: lo guapa que iba La Polaca, lo bonito que era el vestido de Natalia Figue-roa... Juan casi sonríe y sigue lijando con los dientes la carne salada.

Todo como un frío que fuera apagando su cal viva; como el agua que convierte la herradura al rojo en humo, y en hierro templado. Porque, éstos no eran mejores que aquellos y Juan le servía tan poco como Isabel, la amiga íntima de casa, o como Reina, el encargado de la tómbola.

Isabel es viuda. La primera en entrar en la Parroquia —escapada del aire condensado toda la noche y bostezo del monaguillo buscando, a las tientas del sueño, la cuerda de la campana, porque le gusta confesar y comulgar con la fresquita. Todos los días un duro de limosna —traducción libre de los diezmos y primicias— y prenda de lana en cuanto apunta el invierno. Reza en latín, porque siempre ha creído que Dios habla en latín, y sería capaz de pasarse la madurez aportando datos coloquiales para demostrar que el Señor es de derechas. Los pecados que confiesa deben de ser menos que veniales: cierta pereza al abandonar la cama, un poco de gula a la vista de ese batido de nata que liba en «Ochoa» y un atisbo de envidia hacia los mártires que tuvieron la oportunidad de morir en la arena del circo, devorados por las fieras. Isabel, que es mucho del Padre Bandarán, esgrime la única solución viable para el desbarajuste que hay: la hoguera para los herejes. En eso está de acuerdo Reina, el encargado de la tómbola, y ya se cuidará él de que sus doce hijos piensen lo mismo el día de mañana. Doce hijos, con la mujer al filo de la muerte en los cuatro últimos partos y él en paz con su conciencia, que es lo importante.

Rafa debe de estar loco. Pero nada podrá ya salvarle y es ahora cuando podrá emprender el camino por su cuenta con la gente que le gusta: la que va por el campo, y tira los desperdicios en las plazas, y el hombre abraza a la mujer al aire libre, tirados en la hierba, devolviéndole al amor su pureza elemental y primitiva. «Estos jóvenes de hoy, como no saben lo que quieren»... Y él lo sabe: quedar fuera de la categórica gravedad que se consume en gráficos de producción, y declara las guerras, y desnuda a las mujeres por dinero. Doña Isabel ignora que con una pequeña dosis de *ácido,* según los experimentos hechos en los laboratorios, el gato huye del ratón, la carpa abandona las aguas profundas para salir a la superficie y la araña teje su tela de forma irregular. Todo distinto a como fue siempre. Algo así...

A las seis y cuarto de la tarde

(Cuando las Hermandades roderas, desde la de Villamanrique hasta la del Salvador, desfilan ante la ermita para cumplimentar a la de Al-monte.

En vísperas de Reyes aguardan la última orden los

heraldos de la Cabalgata.

Dicen que es cuando el trigo se encama, dolido de que el sol se enfríe.

En «Santa Marta», la placita a la que se va por un callejón estrecho, de media luz y yedra, hay como un eco de aljibe.

Aún le queda una oportunidad al primer espada de la terna.

Ronda al póquer de dados. El fachendón hace el cóctel de su buena ventura, agitando el cubilete, y lo derrama en la fórmica de la barra.)

No HA NECESITADO HABLAR con él, ni siquiera mirarlo de frente, para conocer su ansiedad y cómo la llamada, que Pepín ha esperado con paseos nerviosos, en vez de calmarle la impaciencia, parece que le hubiera hincado banderillas de fuego. Si todo hubiese salido a su medida, ahora estaría ante ella, con su sonrisa de triunfo, su estudiada displicencia, nunca llega la sangre al río y ya ve que tuvo sus razones para no perder los estribos. Ha debido de ser, para Pepín, como vivir muchos años en un día; desde ayer, cuando volvió de casa del abogado y lo más que consiguió fue un plazo hasta las siete de esta tarde. Se encerraría en el despacho hasta las dos de la mañana. Después, toda una noche de encender un cigarrillo con otro, de vez en cuando un suspiro profundo —el suspiro de cuando hay algo que estrangula y no se puede romper el silencio, ella tiene de esto una larga experiencia— y presentirle la mirada buscando en la oscuridad una imagen distinta en la que detenerse.

Salió muy temprano y no ha vuelto hasta hace poco, para encerrarse de nuevo y esperar. Seguramente en ese rato de angustia ha visto por vez primera el cielo, desde la

ventana, y la barca salinera que va por el río, y el paso de la gente, apresurada en la tarde que se muere. Cuando ha sonado el teléfono se ha entreabierto la puerta del cuarto de Rafa, y la voz de Pepín, al principio impetuosa y clara, ha ido apagándose hasta el susurro.

La tarde se ha puesto tristona, de calor húmedo amenazando tormenta. Calor de septiembre pagador que, con truenos por el levante, da pan y hace huir a la golondrina: el diecisiete a las de La Alberca y el veintiuno a las de Grazalema, dicen en el campo. Lo aprendió, como tantas cosas sobre las cabañuelas, las cosechas, las querencias, de escuchar la conversación de los gañanes aquellos días de temporada en el cortijo, cuando, por aventar pesadumbres, se iba a las hijuelas, a ver de cerca la arada o el chorrillo sobre el barbecho. Hasta que ocurrió la embestida de aquel jayán que trabajaba en la trailla —Vito el del Chorato, no lo olvida—, un mozarrón como de piedra, que le puso en la boca un aliento de tabaco fuerte. Ella corrió por la cañada y, al llegar al caserío, se frotó con agua caliente y jabón hasta hacerse daño, ahogada de rabia. Pero aquella noche no pudo dormir y el letargo de Pepín, entre los tenues gemidos de su alumbre, cuanto más la alejaban de él más la iban acercando al sudor agraceño, los dedos de acero, la lija de la barba cerrada y la ardentía de aquel de la trailla: Te rogamos, Señor, nos libres de todo peligro de alma y cuerpo y, por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, de San José, de tus Santos Apóstoles Pedro y Pablo...

Porque, afortunadamente, en los peores momentos tenía la oración. Y el recuerdo de Isabel, la única amiga a quien se había confiado; la que supo iluminarle un camino de renuncias que un día tendrán su recompensa. El Padre Félix iba todos los domingos a «El Yunquero», a decir la misa ayudado por Rafa, entonces un niño normal, piadoso y sumiso...

No se oye la música en la habitación de Rafa y desde el ventanal se ve cómo el viento arranca las hojas del plátano. La gota de sudor resbalando por la espalda y los dedos que mojan las cuentas del rosario. Cuando arrecien los aguaceros se enfangará el camino de «La Alcaparrosa» y serán menos los que vayan a El Palmar, a rezar arrodillados frente a la loma donde, hace tres años, se apareció la Virgen a las dos niñas de Utrera. Ella irá, como todos los días quince, ahora para que le señale el andar por el nuevo calvario y a dar gracias al ver cumplidos sus deseos. Aunque esto sea lo último, siempre preferible a que uno de los amigos hubiera tapado el hueco de la ruina y de nuevo Pepín, con la mirada desafiante, los pulgares en el cinturón, en compás las piernas, ya te decía yo que todo era cuestión de parar, templar y mandar...

Pero no ha sido así, visto en cómo, al salir a la calle, lo hacía pisando fuerte, agitado, igual que el día en que Martín el Capacho volvió con la libreta sin un nombre porque nadie quiso ir a ajustarse para el algodón. Ahora ya están en paz, uno con otro y los dos con la vida. Sólo que el fracaso de ella viene de muy lejos y por eso se nota que en los adentros está en carne viva desde hace muchos años; desde aquel en que una muchacha llena de ilusiones, que había empezado a no dormir, se encontró la primera noche al lado de un hombre en el rejón de la borrachera, los ojos de ella abiertos a la oscuridad cuando el relincho del caballo le pareció una respuesta.

Fue la lástima de sí misma, al no saber contestarse por qué había llegado hasta allí, sin un amor lo suficientemente ciego, por verdadero, como para perdonarlo y olvidarlo todo. Claro que era gallarda la estampa de Pepín Jiménez, arrogante en la silla vaquera, el ala del sombrero sobre la ceja, dos dedos de una mano en la rienda, la otra en el muslo, corvetas del potro picado suavemente con espuela de plata por el real de la feria... Tiraba del bocado delante de las casetas de los amigos, que salían a ofrecerle el cañero, y él paseaba el cristal en abanico, como el matador cuando brinda al público. «Arrodíllate ante la mujer más bonita del mundo», y se arrodilló el caballo.

Galopaba en el campo al son de la becerra y no había derribo parecido al suyo, abatido el animal en el picotazo de la garrocha. Fascinación de sus ojos, siempre brillantes, y de sus palabras como dejadas caer, seguras y derechas. Y, luego, su decisión, su valentía para el asalto del beso y estrecharla fuertemente aquella primera vez, casi a la vista de todos. «Es que eso es lo que quiero: que nos vean, para que no haya dudas»... Pepín Jiménez, mujeriego, juerguista, la noche de punta a punta al acecho de una carta, de una copa, de un cante; ella no

ignoraba nada de esto, pero a los veintidós años no hay tiempo para pensar —quién sabe si afortunadamente— y lo único que importa es vivir ese miedo que pone desesperados los labios.

Demasiado tarde, sí, cuando, llegó el momento. Había oído decir que una mujer se transfigura en otra —la que habrá de ser siempre— desde ese instante de dejarse lastimar por el asalto del hombre: mira de otro modo y comprende mejor la violencia y la ternura. Pero nada pasó que se pareciera al temor ilusionado, y ya nada podría pasar nunca. El caserón del cortijo, el susto tembloroso y los amigos allí, en la broma de la cencerrada. Después, son cosas de las copas, que pasarán en seguida, hasta que se dibujaron rectas grises en los resquicios de la ventana y oyó el arreo a las yuntas.

Con la alegría resuelta de otras noches, a Pepín le parecería todo olvidado. Porque la sábana se manchó de sangre y porque él se sentiría cansado blandamente. Pero nada iba a ser posible ya, convertido el ensueño en simples aceptaciones necesarias. «Oh, Dios mío, mira con favor a esta tu sierva que, debiendo unirse con su marido, pide sea fortalecida con tu protección, imite constantemente a las santas casadas, sea amable con su esposo como Raquel, prudente como Rebeca, de larga vida y firme fidelidad como Sara...»

El segundo toque de campana, para la misa de siete, la llevaba a la neblina antigua, perezona, de la sacristía. Por la puerta del presbiterio entraba un vaho de incienso y de cera. «No lo querrás creer, pero la vende uno de los que han visto llorar a más hombres con la espalda contra una tapia», decía Pepín en la agresividad de su resaca. El Padre Félix se ceñía el cíngulo sobre el alba. La prueba de la santificación, Ángela, porque sólo la humildad perfecciona el sacramento... Se cruzaba el pecho con la estola: «Devuélveme, Señor, la estola de la inmortalidad que perdí en la prevaricación de nuestro primer padre...». Le volvía a decir lo de siempre: Pepín no era malo; estaba mal acostumbrado, eso sí; y, luego, esos amigos suyos... «Señor, que dijiste *mi yugo es suave y mi carga ligera,* haz que los lleve de tal modo que me haga digno de merecer tu gracia»...

Ni siquiera este consuelo y, en lugar del Padre Félix, un párroco en mangas de camisa, sin tiempo para escuchar los verdaderos problemas, entre las tareas de un apostolado más que dudoso, el Club de Jóvenes por una parte, la reunión con los obreros por otra, ni sotana, ni tonsura, ni mano que besar. El pelo cortado a navaja, el semblante deportivo y, como tema del sermón —de «los comentarios al Evangelio», quiere que se diga—, nada de los ejemplos obligados en todo ejercicio espiritual, sino esa especie de mitin que desemboca en la moda de una Iglesia de los pobres. Así están los pobres, desatendida la Junta de Damas, olvidado el Rosario de la Aurora, los Martes de San José, los Viernes de San Antonio, los Jueves de San Nicolás, el Padre Estudillo cantando una misa flamenca, el Padre Javierre convirtiendo *El Correo de Andalucía* en la edición tolerada de *Mundo Obrero* y los sacerdotes jóvenes metidos en las fábricas, cuando no a curas revolucionarios.

Será la cruz que abrazar con obediencia, aunque ello no quite para añorar aquel recogimiento de la misa en latín, la preocupación por llegar antes del Evangelio y cada mañana aquel desahogo en la sacristía, para la palabra que iba a hacer más leve la conformidad. Porque eres tú, Ángela, quien tiene que salvar el vínculo.

Pepín llegaba a casa con un insoportable olor a perfume barato, la mancha de carmín en el cuello de la camisa, el traspié y, algunas veces, el empellón entre gritos, y el golpe que habría de dejarle dormida la cara; al día siguiente media hora más delante del espejo para disimular la señal...

La frustración, el fastidio sólo mitigado por el cariño de Isabel, a la que tendrá que confiar, a escondidas, el escrito de la convocatoria con la revelación: «Hijos míos de toda España, de Francia, de Portugal, de Italia: es mi deseo que el próximo día 15 acudáis a este sagrado lugar, a honrar a vuestra Madre...». A escondidas, por no hacer frente a las sonrisas irónicas de Pepín y de Rafa, que —cada uno a su manera— vienen a unirse a los muchos enemigos del milagro. Es que les irrita la predilección del Corazón de Jesús, señalando a un hombre como Clemente Domínguez mensajero de El Palmar de Troya. También dijeron que era locura lo de Lourdes y lo de Fátima, y ni el Cardenal se ha librado de la mala influencia: «Existen muy serios motivos para estimar que se está produciendo una verdadera histeria de

tipo supersticioso muy ajena a la verdadera devoción y religiosidad, que puede confundir a muchas personas y causar estragos en la fe...».

Las manos hacia el cielo, entre cantos y rezos. La cruz pintada de blanco y el altar con flores y candelabros y telas celestes. Por la carretera, la lenta caravana de coches, mientras ordena el tráfico la Guardia Civil y se mezcla al ruido de los motores y al murmullo de la oración la voz pregonera de los mostachones. «Yo os prometo —ha dicho Santo Domingo— que recibiréis cuantiosísimas gracias y la posibilidad de evitar que lleguen a esta tierra el terror, el pánico, la devastación con que Dios castigará a los perversos, incrédulos y apóstatas»... Ya son muchos los testigos iluminados por la prodigiosa presencia. A las ocho de la tarde y a las cuatro de la mañana, que son las horas más propicias, de pronto la luz cegadora, el relámpago, y, envueltos en él, el Señor, la Virgen del Amor Hermoso, San José, San Francisco, el Padre Pío de Pietralcina...

Hay que esperar horas y horas, de rodillas, hasta sentir ese calor que sube cuando alguno de los videntes da fe de las señales: ver desmayarse a Manuel Fernández, y cómo Rosario Arenillas habla con el Padre Pío, y cómo María Marín grita el deseo de los cuarenta padrenuestros ordenados por Santo Domingo. También ella será elegida, como a punto estuvo Isabel aquella noche de tanto frío, el relente calándoles los huesos, las dos muy juntas y su mirada de angustia y su boca, que parecía buscarla. Ella se asustó, preguntándole qué le pasaba. Nada, nada, Isabel con los ojos fijos en el cerro, porque había sentido algo extraño, como una llamada...

Eran mortificantes, al principio, las insinuaciones y reticencias de las amigas; la noticia de quienes se sentían obligadas —naturalmente por afecto, para que no fuera la última en enterarse— a ponerla en guardia, porque habían visto a Pepín con varias mujeres de mala nota luciéndose en un coche, o entrar en el tapado de San Pedro Mártir, o salir de una casa de la calle de Redes. Hasta que no le hicieron daño las palabras, hoy no podría decir si por la costumbre o por el mal pensamiento que le hacía rendirse en los brazos de Luis Santos o de Antonio Rivera, ya que todos se le insinuaban, cuando se reunían en una fiesta, sin recatarse en mirarle los labios y las rodillas, con los ojos encendidos.

Hubiera sido una magnífica venganza. De la que tú serías quien más tuviera que lamentar, le recriminó el Padre Félix. En la duda, fue providencial notar aquel calor anunciándole el hijo. No es que éste fuera a soldar lo que estaba roto para los restos, pero sí a hacer llevaderos los días. Una mujer con un hijo no es nunca la oscuridad absoluta y habrá miles de mujeres envidiosas del dolor, y de la noche en vela porque le sube la fiebre, y de la emoción, un poco triste, al ver, cuando él empieza sentirse muchacho, cómo se tapa con las manos y le da vergüenza de que ella le vea desnudo.

Fue la felicidad nueva. Y también el nuevo temor de pensar cómo nacería. Dicen que los hijos del amor son los más inteligentes y guapos. Aquél, sin culpas, había sido engendrado en la indiferencia, quizá la noche en que Pepín se revolvía en la cama, muerto de fatiga, o aquella otra de su frenética brutalidad. Un hijo deforme, con la sangre quemada; o un hijo de apariencia normal, hasta despertarse en él los resabios...

Éste va a ser como el abuelo, decían, por halago, viendo a Rafa, con cuatro años, jinete en el poney, al que hincaba la espuela con ganas de galope. Pero que no fuera, por Dios, como ninguno de ellos; que no tuviese nada de aquella cepa que se iba agostando en los lastres de *un estilo.* Y eso que el abuelo, al menos, había tenido el talento de sortear los puntazos y, entre tumboneos y palmas, sacaba a flote una cosecha difícil y veinte corridas al año. Cuando le dio la ventolera por una mujer, que le plantó al aparecer un galán a la cuarta pregunta, pero con veintitantos años, comprendió que para él se había acabado el baile. Entonces se fue a la finca, donde estuvo toda la tarde acosando novillas y, después de cansar tres caballos, se entró en el caserío, escribió unas cartas de despedida y se disparó un tiro en el corazón. Allí estuvieron guardadas, en el armario de aquel cuarto cerrado de Santa María la Blanca, las cartas y la camisa manchada de sangre.

Es lo que nunca hará Pepín. Porque, aunque llegue a pensarlo, en el último momento le temblará el pulso y agachará la cabeza a cuanto pueda venir por los trémolos de una ruina sin nombre. El prurito contra viento y marea, los demás escondiendo la sonrisa y él como si

no hubiera pasado nada en el mundo. Ahora, por todo escudo, cuatro recuerdos y la mala tierra de «La Mimbre», que no sirve ni para sacar dos seras de albero.

Si tuviera a Rafa, en estos momentos de espinas... Un hijo ajeno a todo, sin más afán que su música y sus disparates clavados en la pared, que ahora no hallará nada que le sujete aquí y se irá a pender de un hilo, a gusto por sus despeñaperros. Será así —a qué engañarse—, por mucho que ella lo haya temido desde aquellas primeras excentricidades que coreaban los demás. Agarrada a una esperanza, como siempre, que es la que le ha dado fuerzas para seguir fingiendo. Que nadie pudiera descubrir el tedio de un infinito de horas muertas: del brazo de Pepín en reuniones, un sacrificio deprimente y, a la larga, sin sentido. La constante mentira del retozo en las consabidas celebraciones con sus palmadas, cambiadas en las otras, la risa como si de verdad le hiciera gracia la asadura de una broma, su baile de brazos enroscados y la esquiva al quiebro... Temía la llegada de abril, porque tendría que hacerlo, como todos los años; y no faltar una tarde al tendido once de la Maestranza —el de los que entienden— y extasiarse, en la mañana del real, ante un tronco de caballos —como aquellos que fueron suyos, vendidos aprisa, para salvar un vencimiento— y consumir la noche entera en el tablao de la caseta, aceptado unánimemente el plan de terminarla con los churros y el cazalla de las gitanas calenteras. Temía que llegara mayo, por los días del Rocío: una semana en el vaivén tirado por los bueyes, el mosto del Condado, el agotamiento de ir por las arenas, «que es como van a la romería los rocieros de verdad», la punzada del tamboril poniéndole los nervios de punta, la pina de maricas en sus sevillanas de Peralta. En julio, la Velada de Santa Ana, bochorno de la calina entre la muchedumbre del Altozano y de la calle Betis, tangos junto a las viejas cerámicas y a las forjas, orillas del río adonde van los novios para abrazarse en la hierba mojada. En diciembre, la Nochebuena con los gitanos de San Román, bailes de jaleo sin fin y el peleón que a veces hace relumbrar las navajas de la reyerta cuando una pone en cuarentena la flor de una muchacha virgen.

A partir de ahora todo será distinto. Quizá peor, pero al menos distinto. En otro tiempo hubiera parecido absurdo ver en esto una forma de liberación. Y es que nada puede justificar ya el disimulo y no queda más que emprender la carrendera con la cara descubierta, sin otro ánimo que el de salvar el escollo de cada día.

El portazo como única explicación. Habrá cogido el coche —que dentro de media hora no será suyo— y, si ha enfilado la carretera, estara pensando que todo puede resolverse con pisar a fondo el acelerador. Entonces se enfrentará por un momento consigo mismo, para la urgencia de un resumen que va a hacerle llorar. Cuando, pasados unos minutos, se convenza de que las cosas suceden y de que son así, exactamente así, levantará el pie y se verá solo en medio de un paisaje nuevo, y dará la vuelta para ir por el mismo camino, haciéndose preguntas que no puede contestarse.

La tarde se ensombrece bajo el nublado y la lluvia pone en el cristal un rosario con cuentas de agua.

Habrán de pasar muchas tardes así, viendo cómo todo envejece.

(...Ya habéis recibido las bendiciones, según costumbre; lo que os amonesto es a que guardéis lealtad el uno al otro y, en tiempo de oración, y mayormente en ayunos y festividades, tengáis castidad... La plática, como un susurro...)

Será siempre la misma pregunta —¿dónde estará ahora Rafa?— y también un rosario de gracias porque saldrán adelante; con tristeza, con dificultades y nostalgias, pero adelante, escuchando este otro silencio, los dos solos, sin nada que decirse...



A las siete de la tarde

(Cuando, mediada la calle de San Jacinto, casi ahoga el humazo mitológico del pescado frito y ya va de recogida, hacia su alfarería, el viejo que modela y vende los toritos de barro.

Sobre esta hora es cuando resuena en el valle la brama del ciervo joven, que baja, triturando el jaral, en busca de las hembras.

La hora del último rezo, antes de irse a la cama —tan fría— en la Casa de las Arrepentidas.

Grazna el cuervo, que a esta hora desentierra el trigo. En la iglesia de San Gregorio se queda solo, cerrados sus ojos a la sombra de las velas apagadas, el Cristo yacente de Juan de Mesa.

Dicen que esta hora, al dar de manos en el predio, era la del desafío en la encrucijada, donde quedaría un hombre desangrándose por el pecho, mientras el otro tomaba el carril para llevarse a la malquerida.

Ya no se anima, como antes todos los días a las siete, aquella tabernita de las luces pálidas, con el baile de

Fernandillo de Morón, el gitano siempre contento que una noche, al volver del festival de Lebrija —mal haya la pena negra del codo empinado— se ahogó en un arroyo que no lleva agua para lavar un pañuelo.)

TODAVÍA NO HAY PRISA, comprobado mil veces que el coche puede ponerse a ciento cuarenta en medio minuto. Mejor es esperar el momento entre dos luces. Definitivamente no irá por la carretera de Alcalá, que es estrecha y a esta hora hace incómodo alegrar el motor, sino por la de Carmona. Atravesar el pueblo y, a la salida, pisar con coraje en la curva desde la que se extiende el mar de la campiña. Treinta kilómetros para la despedida. Lejanías azules, con olor a grama, a espliego y a hierba luisa. Después de la vendimia vendrá el verdeo; cada año más difícil, porque la gente que se va del campo no vuelve a él, por muchas ayudas que se les prometan, y seguirán para siempre en la fábrica o en el tajo a cambio del jornal que sea, con tal de sacudirse la soledad de la besana.

Las siete de la tarde: todo se ha consumado cuando los buitres se disponen a levantar el vuelo y caer sobre la presa. Mañana irán a llevarse lo que queda, pero sólo van a encontrarse unos recuerdos para ellos inservibles, y las lágrimas de Ángela, que se apresurará al luto riguroso y a una cascada de rosarios para que el Señor se apiade de su alma.

Ahora ya sabe que no acudirá nadie al acompañamiento y que el duelo será solo y largo, entre la impaciencia de Rafa, deseando que acaben de una vez los cumplidos para irse a la calle, a vivir su vida, los cálculos de Ángela, que irá incrustando en las avemarías fórmulas con que seguir cubriendo las apariencias, y los buenos consejos de su incondicional Isabel, a la que no faltarán milagrerías para el dictado de la resignación ni oportunidad para el abrazo, demasiado extremoso.

Cuando se enteren, contará Luis Santos que él quiso ayudarle, en recuerdo de la vieja amistad, Charo dormirá al fin tranquila y Antonio Rivera se encogerá de hombros, disimulando quitapesares, porque la muerte de Pepín Jiménez borra esas muchas cosas de las que no quiso acordarse. A quien le va a rodar el arrastre a la medida es a Salvador Fuentes, después de limpiar la puntilla que tenía tan bien guardada. Realmente era proporción única la que le brindó ayer en bandeja de plata: la que habrá estado esperando todos estos años, mordido por los recuerdos, en un desquite que ya se demoraba demasiado. Té llamaré a las seis en punto, verás cómo todo se arregla y, en cuanto al pago, ya hablaremos de eso cuando salgas adelante... Esperaría el momento gozando de antemano el golpe de muerte. Al dar las seis, la llamada prometida para decirle que le había sido imposible conseguir el dinero, que lo sentía mucho, quizás en otra ocasión...

En esto ha tenido razón Ángela. Debería haber pensado que nadie perdona la limosna y menos que nadie los que han levantado cabeza y todos los días tienen delante de los ojos lo que hicieron en otro tiempo para poder vivir. Años de sonrisas, del trato sucio, la gallareta recogida en la laguna —con el agua al pecho, la sangre chorreándole por los brazos—, el chiste, la parodia, el baile sobre la mesa del reservado... Demasiadas cicatrices para un hombre de negocios al que despiden hasta la puerta los directores de los Bancos. Pero nada puede borrarse de la noche a la mañana, como tampoco se puede comprar el porte, inasequible a los advenedizos, fortuna sin riesgos con la que mueren quienes la han heredado. Más de tres siglos de solera, según los papeles que leyera un día en el caserón de Santa María la Blanca, en el cuarto cerrado desde la muerte trágica, pero arrogante y gallarda —como tenía que ser—, de Joaquín Jiménez. Más de tres siglos desde que un señorón de Umbrete se hizo con las tierras gredosas y claras del contorno y, con la renta de las cosechas, socorrió a ese medio pueblo que, más tarde, al no poder pagar con dinero, hubo de hacerlo en trabajos de sol a sol: lo que el labrantío ha necesitado siempre para rendir. Siete cortijos que pasaron a otras manos cuando vinieron malas, entre enfermedades de la uva y revueltas de las gentes. Pero se salvaron «La Mimbre», unas fanegas de «El Pintado» y «El Yunquero». Tejas de rojo y ventanas de verde, el patio empedrado donde los cascos del caballo hacían saltar la chispa y, a dos pasos, el frescor de las naves bodegueras, el silencio que quiebra muy levemente el vino al desperezarse dentro de la bota, aquel olor pastoso, el chorro como de cobre encendido, de la venencia de plata a la copa, y el abrazo a la chiquilla entre las andanas, bajo la luz malva, la caricia con las manos mojadas en un *palo cortado,* dulzón y áspero a la vez...

La gente sabía el terreno de cada cual y cómo no iba a hundirse el mundo porque la chiquilla de la casa probara con el dueño lo que de todas maneras había de probar, nadie se hacía cruces; por el contrario, muchos se las ponían al arrimo para asegurarse un buen regalo y trabajo para toda la vida. Que alguna vez coleaban consecuencias y la mocita empezaba con los melindres de traer familia, entonces se intrincaba más el arreglo, y ahí estaba el estilo de rascarse el bolsillo y procurarle el casorio con uno del pueblo. Criados en su sitio, que aún no se habían enviciado con la moda de las protestas y todo les parecía bien. Las manos encalladas, de entrelazarlas para el boto del amo cuando éste subía al caballo, y, al toque del Ángelus, los ocho padrenuestros en acción de gracias «por la salud de los señores, que Dios conserve muchos años, para felicidad de estas tierras y de estos humildes servidores»... El pan no iba a faltarles y nada de soñar libertades que acaban por pellizcarles el estómago. Si no, a ver qué es lo que está pasando hoy: mucha traca de reivindicaciones, mucho envite de fueros y franquicias, pero, en dos idas y venidas, coger el tren catalán para echar los hígados con el palustre o arrimar el hombro de balde, como pasó en Cazalla de la Sierra: el grupo de parados en su visita al alcalde y, cuando éste les dice que él les daría trabajo, pero que no tiene dinero, «no, importa, nosotros no queremos que nos pague; lo que queremos es que vean que estamos trabajando para que nos sigan dando de fiado en las tiendas»...

El limpiaparabrisas abanica el cristal, mientras la lluvia pone brillos en la carretera, en el olivar reseco y en el monte bajo. Será muy triste la muerte con el aguaviento que viene de crecida. Y más triste el camino hacia la última tierra, el agua redoblando en el ataúd bajo la cepa humosa del nublado. Más ligeros, que aprieta, dirá el impaciente, y afirmarán el paso, cogiéndose las manos por debajo de la caja y aguijando las pisadas a compás. Ni una lágrima. Ni un silencio por él en «El Yunquero» ni en las Ventas; ni un recuerdo entre las mujeres que supieron de su empuje. Allí irá, destrozado, con la sangre coagulada, cuando cuatro hombres lo dejen al lado de la azada que irá quitando tierra a la tierra. Cuatro hombres que, a pesar de su destajo, acaso piensen lo triste que es estar solo para ir al pudridero. Uno tirará la pala y subirá luego, apoyándose con las dos manos. La cuerda por debajo, con prisas, y el chapoteo en la madera con un ruido chascante y sordo. «Echa menos tierra de golpe, que con el agua pesa más y vas a romper la tapa.» Cuando los cuatro se sacudan el fango de las botas, pisoteando fuerte en un trozo de mármol, nadie se acordará ya del santo de su nombre. «¡Que nos espere muchos años!», dirá uno de ellos, y juntos emprenderán el camino de vuelta, con la garganta pidiéndoles un trago.

Al pasar por la Venta parece que resonaran la risa de Santos, la voz ronca de

Salvadorito en el fandango caracolero y la exaltación de Antonio en su reto a cualquiera. La «Venta de los Majarones», aterrizaje forzoso de las tres de la mañana, el patio amplio para la corrida del alba, Salvador haciendo de toro, con dos cuchillos de cocina por cornamenta, y cuatro mujeres dándole pases de todas las marcas: la excitación de aquellos cuerpos desnudos en las distintas posturas de los lances y, alguna vez, el rasguño; entonces el hilillo de sangre ponía el pulso destemplado...

Ahora los que se atreven a la madrugada se conforman con estar ciegos de *whisky* y escuchar los cantes en silencio, como si en vez de una juerga vivieran un sepelio. A medio millón sale la fiesta si es en casa de Sundhein o en el yate de Blasco, que así están los flamencos, dormida el hambre, presumiendo de esclavas de oro y de pasador de brillantes en la camisa de chorreras, Matilde Coral con el hijo estudiando en los Salesianos de Guadaira y los Romeros de la Puebla en la mesa de los gerifaltes, a los que alegran la humera con sus sevillanas peregrinas.

Verdaderamente no debería sorprenderle nada. Lo normal, en este caos, es que no haya podido salvarse y que en unas horas —una eternidad o un soplo, cualquiera sabe...— se acabe un hombre, y con él una raza aparte, incompatible con la mala facha de los tiempos. Debió entenderlo así ayer, cuando se entrevistó con el abogadito, creyendo que aún era posible trabar la ejecución con la garantía de su nombre. Como una película de deplorables *jaimitos,* la sucesión vertiginosa de esas escenas que han sido las últimas; las que se lleve, con siete pies de tierra encima...

(... que el caso no podía demorarse, el abogado ni enfático ni solemne, casi un muchacho, el título con marco dorado en la pared, y el tono irónico cuando le propuso la hipoteca de «La Mimbre», porque «La Mimbre», señor Jiménez, no vale ni las dos horas que llevamos hablando, la noche en vela y, poco más de las nueve y media, lo único que podía ofrecerle Luis Santos, trabajar en la agencia de publicidad, abierta la pitillera, él cercado de chicas que fuman, o beben, o muestran un frigorífico, demasiada luz por el ventanal y demasiados rótulos de firmas comerciales, un empleo con ciertos privilegios, claro, porque para algo es de los pocos que conservan el secreto de cómo gallear unos colinos o correr un galgo por el filo de una navaja, el amo ayer de medio mapa de viñas, algodón y olivar, convenciendo de la eficacia del anuncio al dueño de una almazara, alpechín ennegreciendo el arroyo, por cada media fanega un corte en la taja y toda la noche las campanillas del mulo, el crujir de la viga y el chorreo del aceite caliente y dorado, al rojo los lingotes que atravesaban la nave y tan difícil entenderse, entre tanta estridencia, con Antonio Rivera, llevarlo a su terreno, repetirle lo que le traía, sin tapujos, y Antonio sin querer acordarse porque lo que pretende es no saber nada, adiós, Pepín, lo siento, Salvador no estará en su casa hasta pasadas las dos de la tarde, cambiar el rumbo hacia el chalet de la Charo, que sigue siendo una mujer de bandera, y conserva la línea que bordea los peligros de los contornos excesivamente pronunciados, cada sillón isabelino debe de valer una fortuna, marfiles en la repisa de la chimenea, el cuadro de una Charo idealizada, vestida de amazona, mientras la verdadera es más carnal, su andar majestuoso y sus ojos duros cuando le mira con valentía y le pregunta quién es y qué es lo que quiere, como encontrarse de pronto en el vacío, perdone pero no sé de qué me está hablando, y había que tirar por la trocha, a ver si no es mejor avenirse a razones, concretar los recuerdos en el tiempo en que era apostada a un póquer de dados y en el de una noche en que se tendió desnuda sobre un muchacho muerto, la inaudita reacción de ordenar que le acompañaran hasta la puerta, en el parabrisas una carretera desvaída, como envuelta en nubes y agua, que es lo que le contaría a Salvador, de quien menos esperaba y, sin embargo, el que no sólo acepta los recuerdos, sino que los provoca, entre sonrisas un poco tristes, y el que le pregunta cuánto necesita, es mucho dinero, pero los amigos son los amigos, y confía en poder tenerlo y, si a las siete vence el plazo, debe irse a casa, le llamará por teléfono a las seis en punto, no debe tener preocupación por el pago, una ciudad luminosa y alegre, pensar cómo entrarle a Ángela, abrir la puerta y plantarse ante ella, los pulgares en el cinturón, en compás las piernas, y a ver si todo no era cosa de parar, templar y mandar...)

Ángela debe de haberse dado cuenta de la batalla perdida, la sonrisa en los labios, entre el placer de su mezquina victoria y los susurros de sus avemarías. La verdad es que no

ha sido insignificante su contribución al naufragio, con sus despilfarras por mantener el engaño hasta el final. Ni un reproche, ni una protesta, pero constantemente la habilidad solapada, como si él fuese el único culpable del vacío en que se encontraron. A causa de una niñería —las cuatro botellas que tomó con los amigos, por quitárselos de encima—, aquella mirada de asco que no ha podido olvidar nunca y, luego, su aceptación de todo con la frialdad de quien cumple un deber, sin el menor entusiasmo. Su beatería fingida, su misticismo hipócrita, escrúpulos de una conciencia sin conmociones cuando el resultado podía traducirse en ganancias, aunque éstas procedieran del fraude de los toros arreglados o del ahorro en el pago de los salarios empleando niños en el algodón, que se conformaban con dos cuartos y, además, por su poca estatura, podían recoger más en menos tiempo. Confesión diaria y rosarios por todas las intenciones, pero sin preguntar cómo se iba manteniendo aquel caldeo de los convites, y la casa en el Rocío, y el abono en la Maestranza... Y la caseta de feria: seis días abierta la mano, desde la víspera, que es lo bueno, en esa prisa de terminar el arreglo, toda la noche en las florituras del pianillo, el arte de colocar en su sitio justo la consola, no aparece el cincel para abrir la caja de manzanilla, tensar la lona, centrar la cornucopia, el cartel de toros y los platos de cerámica; la feria de los cabales, la del alumbrado por fuera y por dentro, su baile y sus palmas cuando debería haber pensado en esto de hoy, que es donde terminan los hombres. Al menos los hombres como él, al pie del cañón a los cincuenta y un años, en busca de la tórtola, aunque acertar la perdigonada sea cada día más difícil. Porque, desde que se cerraron las *casas,* todo es casi imposible y muy caro, y porque, por lo visto, no significa nada un nombre, al que son indiferentes las ramerillas al uso. Prefieren la contorsión de los melenudos ambiguos, como Rafa, incapacitados para sacarle el jugo a la vida, resignados al cubalibre de la barra y a las cuatro o cinco horas de guitarra eléctrica. Una eternidad la noche y el tocadiscos a todo volumen. Casi a oscuras y solo —era natural, la diferencia de edad, el capricho de conocer aquel mundo— paladeando el *whisky* melancólico de «El Dragón Rojo», de «Ipanema», de «Stop»... Es mala la soledad. Sobre todo la que araña, con diez o doce tragantones de «Chivas» que no alegran y cada vez más ausente de todo. El acorde repetido de la guitarra era un martillazo en la nuca. Frente a la mesa, esas lolitas de las faldas cortísimas, temblándoles los pechos breves, seguramente como la piedra, los ojos vidriados en el parpadeo de las luces de colores. Mueven las caderas y no saben qué hormigueo ponen, desde las ingles hasta la lengua, cuando se les pronuncian, en el roce y en los diecisiete años, los dos remates bajo la blusa. *Son-of-a-preacher man, Son-of-a-preacher man...* A su lado, también solo, un muchacho muy joven, que movía los hombros al ritmo de la música. Pero ¿crees que esto es música?... Los ojos, azules y un poco dormidos. Tenía el pelo negro, brillante, largo, y labios de niña, granas; y suaves, después. Si quieres una copa... Aquella noche debía de estar muy borracho. Ahora recuerda sus temores, vencidos al cabo de pensarlo mucho; en esto sí admira a la juventud: en su manera de aceptar las cosas, sin ofensas ni escándalos. Ninguno de los dos se lo ha contado a nadie y él está seguro de que pasó aquello precisamente porque lo atractivo, lo irresistible —entre mucho *whisky,* se entiende— era lo que el chico tenía de femenino. Los dedos, enredados en su pelo negro, resbalando por su cara sin vello, tersa y fría de las madrugadas y, quizá, del cigarro prohibido...

Estrellarse contra un muro, contra un árbol. Es a lo que puede aspirar una raza que fue la que más dio el día de la verdad, impaciente por ser la primera en el arrojo de la vanguardia, con rifles y escopetas para la tórtola. Un puñado de machos de pelo en pecho contra cuarenta mil rojos que lo tenían todo. Su grupo, el de los mejores, con los jefes en la cárcel —teniendo que tomar el mando Pepe el Algabeño— y el golpe improvisado en un par de cenas a media voz y en el coñac de la sobremesa.

En cuanto llegó Queipo se organizaría el primer contingente en San Hermenegildo. Todos de paisano, en mangas de camisa, las manos suaves, un gorro cuartelero, un mosquetón y, tras la arenga de Cuesta Monereo, a los camiones. «Varita» solo, liado a tiros contra los aparatos que habían aterrizado en Tablada, y los rojos convirtiendo en cenizas el convento de las Mercedarias o la iglesia de la calle de Feria. Las noticias a medias, contradictorias, una pieza de artillería emplazada frente a la Telefónica, el centro dominado, mientras en los

barrios se levantaban barricadas que serían barridas a fuego. Todavía la resistencia de los militares adictos al Gobierno y la terminante pregunta de Queipo al coronel del regimiento: «Pero ¿es que acaso usted cree que yo no estoy dispuesto a todas las violencias?»

Ganada la partida de entrada, salir por la Vega y, al llegar al cruce de Extremadura, darse de boca con los restos de los mineros de Riotinto, que venían cargados de dinamita. Son las luminarias de la victoria, dijo Parias imitando al Gran Capitán. Detrás de la bandera auténtica, el señorío de aquel batallón, a caballo de doma a la andaluza. Mediodía del aperitivo en el hotel y, por la tarde, la conquista de los pueblos. Cuando se rindió la provincia, tres años de trincheras en las que se impondría el talante fuera de serie: el de un Caries, ordenanza voluntario, que servía el rancho, entre los cascotes de la metralla, vestido de gentilhombre, incluido el espadín al cinto.

Luchaban dándolas todas porque defendían lo suyo y cada avance les anunciaba más próximo el retorno de muchas cosas perdidas en nombre de la libertad, las reivindicaciones e incluso unos llamados derechos humanos que habían empezado a esgrimir los de *El Debate,* sin alcanzárseles el peligro de remover la hiel de los trabajadores.

Eran la garantía de un orden que debió haberles devuelto una patente que nadie tenía por qué discutir y, sin embargo, esta de hoy es la recompensa. Sin una voz en favor de los fueros legítimos, mientras se expropian fincas que dicen mal explotadas y ponen el pie en el cuello con la obligación de pagar unos jornales de regalía —a pesar de no ignorar nadie que el campo nunca ha estado mejor que cuando se le araba por dos cuartos y las gachas—, los puestos de peso en manos de ingenieros, de arquitectos, de abogados, y cualquier oficinista aspirando a la posibilidad de una parcela en el Aljarafe.

Claro que de esto que pasa no están libres de culpa muchos de su propia cuerda: señoritos por su cuna que, en vez de defenderse con los dientes y con las uñas, se han puesto al trabajo; como si, acostándose a la hora de las gallinas para amanecer al frente de una empresa, se pudiera seguir siendo señorito. «El Toruno», abierto de par en par a gentes del montón, con un agasajo como si fueran de alto bordo, y bebiendo el vino de la casa un izquierdista en diálogo mano a mano con un Guardiola. Horteras almorzando, para hablar de negocios, en el Círculo de Labradores, un Betancourt escribiendo en los periódicos y un Rojas-Marcos o un Vázquez Parladé torcidos a eso de la democracia...

Hoy será su muerte, pero porque ya ha sido la muerte de los demás. Quizá desde el día en que nombraron a un sujeto cualquiera para el cargo de Hermano Mayor, sin importar a nadie su apellido, o desde que Pepe Marchena, al recibir el pago por su cante, tuvo la insolencia de dárselo al betunero. Quizá cuando los peones empezaron a abandonar el surco, o tal vez cuando vinieron los americanos, deslumbrando a todos con su dinero fuerte y sus borracheras desangeladas en los mostradores. Cinco días en la base y, a partir del viernes, el *whisky,* que acabaron por imponer, y una cama donde dejarse el sueldo. La comida en latas, las palabras arrastradas, pegajosas de chicle, la leche en polvo para los niños de los suburbios y una ciudad de zonas verdes para su descanso, alquileres de locura pagados sin rechistar, borrón y cuenta nueva para el servicio doméstico y, por lo visto, su aportación a la cultura en cuanto las prostitutas dieron en aprender inglés. Más de mil hectáreas en Morón, con un costo de tres mil millones, mientras hay que vender los cotos de caza...

En esta aceptación del absurdo, nazarenos sin capirotes en la Hermandad del Cristo de la Sed, sin más insignia que la cruz de guía, el libro de Reglas, el simpecado y dos faroles. Recuadro en todos los periódicos: «El Excmo. Sr. Gobernador Civil, teniendo en cuenta la información facilitada por sus delegados en la plaza de toros de la Real Maestranza, ha acordado la suspensión de la corrida que había de lidiarse en la tarde de hoy por los diestros Victoriano Valencia, Curro Romero y Palomo Linares, por la descarada falta de trapío, edad aparente y falta de peso del ganado, rechazando los toros del hierro de don José Benítez Cubero y los presentados por doña María Pallares...». Los grandes almacenes del consumo en masa, sobre el viejo solar de la plaza del Duque —a pesar de la batalla, al fin perdida, de Romero Murube— y un paseo de albero y estanques donde estaban los aguaduchos, tan llenos de gracia, de la Alameda: una nostalgia más, en «Los Molinos» más fandangos que seguiriyas y en el «Bar Nuevo» más bulerías que soleares. En «La Sacristía», los lamentos gozosos que

calaban la puerta de los reservados. Hasta por la mañana en el yunque; después de los calentitos y el aguardiente se redoblaban las fuerzas en el tugurio de Manolo, el bizco, y de aquel gitano muy negro al que llamaban *Algodón.* Un remiendo a la vida en el «Pasaje de Europa», con los martinetes desgarrados de Anita *la Jerezana,* siempre con la vaharada del coñac a bordo de sus ochenta años y tres o cuatro días sin salir de aquellos quinientos metros a la redonda porque se dio bien la cosecha de arroz, o porque la uva se puso en alza gracias al resistero, o porque se vendieron los caballos matalones para las corridas. Lástima de animales, ya que, al que llegara con bríos, le pincharían el pulmón para que la fiebre le impidiera reaccionar al embroque. El toro y el caballo, dos animales casi muertos, un hombre volcado en la puya y un público enardecido, contento del engaño...

Ángela no opondría sus melindres de vía estrecha. Seguramente ni lo piensa cuando toma el rumbo de El Palmar, a su cita de los días quince con el fantasma del Padre Pío, mientras su amiga Isabel se le arrima con ojos de cordero degollado, incapaz de ir a barras derechas y cantarlas claras, que serían las de sus pecados escondidos. Las dos muy piadosas, muy rezadoras, pero negadas a la salvación que él está seguro de alcanzar, aun arrancándose la vida. No en balde ha sido fiel a su Virgen en todo momento; desde hacer hermano a Rafa a las tres horas de nacer, hasta costear una saya o traer el mejor predicador al triduo, y el acompañamiento de todos los Viernes Santos: cuarenta años elevando la puja a la cifra que fuera, para ir cerca del «paso», y los mejores brindis en el piropo. Que alguna vez él bebía más de lo prudente, pero eso a la Virgen no le importa y hasta le hace gracia. Es lo que critican aquellos que se tienen que pasar años y años en penitencia, mientras a él le basta ir romero por las arenas o cumplir, como está mandado, la estación en la Catedral. Ningún forastero, por teólogo que sea, va a comprenderlo, pero así es. Tampoco entendería que el libro puntero, escrito sobre este tema, lo inventara uno en casa de su amiga, ni que la Hermandad de San Isidoro demandara a la de Pasión ante el juzgado, que prohibió a ésta salir acompañada...

Pero ya nada importa, cuando el haz de los faros tropieza con el relumbrón de las primeras luces de Carmona.

Parece que todos se hubieran ido, o muerto, las calles sin alma alguna y, al final del tramo, que es la calle mayor, la piedra vieja del arco, el agua resbalando por el verdín. Carmona, la de esa fuente con catorce o quince caños que dice el cante por polos. Más de una vez la ha corrido aquí, con Rivera, y Santos, y Salvador, a los que debería bastarles un recuerdo, uno solo, de aquellos días en que él regaba el dinero, abriéndoles todas las puertas. Ni la carta de Miguel Sanz, guardada para alzarse con ella en una última apelación, les ha atizado la memoria... El caso es que quizás esté en lo firme Salvador al creer que lo de Miguel Sanz hubiera pasado de todos modos, y eso sí que es una broma pesada, después de diecinueve años de remordimientos y temores.

Carmona tiene una fuente..., cantaba Salvadorito si recalaban allí, mientras a Antonio Rivera le daba histórica y quería ir a la Puerta de Córdoba, a la Colegiata y, de remate, a la necrópolis. Más de mil tumbas, cámaras funerarias abiertas en la roca viva, la sala del baño para los muertos, la cámara de cremación, y Rivera —sobre los hombros una de las colchas requisadas como botín en la casa de la calle de Huelva— entonando el solemnísimo *réquiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis, in memoria erit iustus ab auditione mala non timebit...*

Por muy despacio que se lleve el coche, en seguida estará en las últimas casas que forman el recodo, donde el empedrado vuelve a ser carretera. Le recogerán pronto, tan cerca como queda el pueblo, y tiene que hacerlo ya, ahora, cuando ve a su derecha la hondonada en la sombra. El volante le partirá el pecho, en un soplo que debe de ser un dolor no imaginado nunca. La frente rota contra el cristal y acaso, en ese instante, unas enormes ansias de vivir. Tiene que pisar, pisar fuerte, pero desea dos, tres segundos más. Si se produce el incendio, no allegarán sino una hornaguera —como dicen en el campo— entreverada en chapa fundida. Demasiado triste, pero preferible a la muerte que no llega del todo, queriendo un grito o un movimiento que ya no puede ser...

Pisar, hay que pisar con rabia y cerrar los ojos. Porque si acaba la curva habrá que

echarle más arrestos aún. Es ahora, para el cementerio solo y «que nos espere muchos años», la lluvia pesando sobre el ataúd.

El último impulso, definitivo, que no tiene, un coche que aminora la marcha, hasta quedar parado, y un hombre que llora con la cabeza dejada caer en el volante.

Hacia dónde, no sabe. Ni qué, ni de qué forma.

La luz intermitente no es más que una señal minúscula, siempre bajo la lluvia.

Lo que sea está muy lejos, entre lo que anubla el cristal y lo que anubla los ojos.

FIN